

A large, symmetrical decorative flourish in a stylized, calligraphic font. It features two large, swirling, scroll-like shapes on the left and right sides, connected by a central, more complex scrollwork design that tapers to a point at the bottom.

**Páginas
Ilustradas**

AÑO V

No. 201

PAGINAS ILUSTRADAS

Cuerpo de redacción

Sección científica

Dr. don Gustavo Michaud

Don J. Fidel Tristiu

Don Anastasio Alfaro

Sección literaria

Don Félix F. Noriega

Don Daniel Ureña

Don León Fernández Guardia

Crítica literaria

Don José Fabio Garnier

Crónica social

Don Justo A. Faci: (Gastón de Silva)

Sección europea

Dr. don Teodor. Páado (Calibán)

Corresponsal en España (Barcelona)

Don César Nieto

Colaboradores fotográficos

Don H. N. Rudd Sres. Paynter Bros

Don Fernando Zamora Don Félix Robert

Don Max. Rud'n Don Federico Miora C.

Fotógrafo

Don Próspero Calderón

NOTAS

En la semana pasada falleció en esta capital la señorita Panchita Rodríguez, hermana del distinguido señor Licenciado don José J. Rodríguez.

Nuestro sincero pésame á este distinguido caballero y á los demás deudos.

Damos las más afectuosas gracias al joven escritor don Claudio González Rucavado,—quien por no permitírsele sus muchas ocupaciones se retira de esta Revista,—por habernos prestado su valioso contingente hasta aquí. De todos modos contamos con su colaboración.

Con gusto hemos visto ya restablecido de su penosa enfermedad á nuestro apreciable

amigo don Joaquín Arciniegas. Nuestras felicitaciones al amigo y a su distinguida familia.

Sírvanse excusarnos nuestros lectores, de algunos atrasos sufridos por esta Revista, debidos al excesivo trabajo que hay en los talleres nacionales donde se edita. Por fortuna pronto podrá visitar de nuevo con puntualidad á sus favorecedores.

Hoy recibe las aguas bautismales un niño de don José Ramón Mesén y señora, al cual cristianarán con el nombre de Dalis.

La Sociedad Tipográfica de Socorro Muerto, recientemente fundada, cuenta ya como con 70 socios. Le deseamos larga vida y prosperidad.

Vuelve á su puesto en esta Revista nuestro amigo don Daniel Ureña á compartir nuestras faenas. Sea bienvenido.

El laborioso impresor don José Conejo se encuentra un poco mal de salud. Quiera el cielo restablecerlo pronto, para bien suyo y nuestro, pues es el encargado de la parte tipográfica de *Páginas Ilustradas*.

LIBROS Y REVISTAS

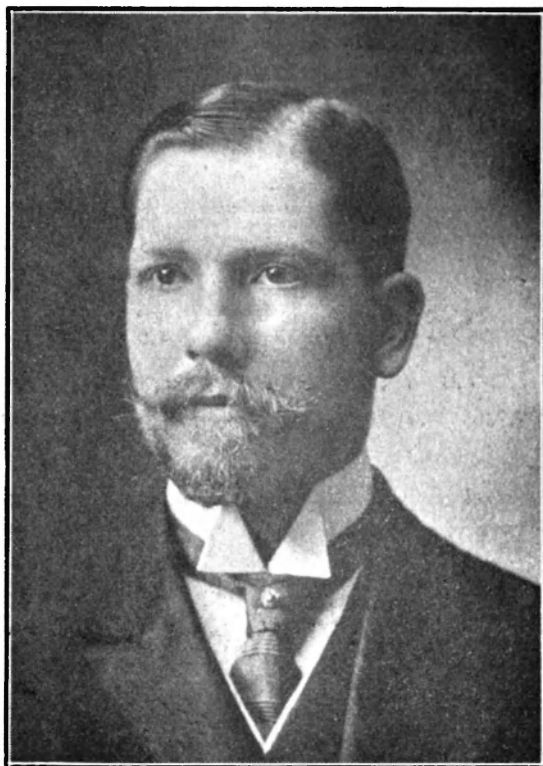
Las conversaciones del abuelo.—La Redacción de la importante Revista de Enseñanza, de Buenos Aires, *El Misionero de la Educación Común*, nos envía el tomo IX de su biblioteca para el maestro, el cual trata sobre nociones de economía social. Su autor, el señor Federico Passy, miembro del Instituto, ha hecho un verdadero estudio social, con estilo sencillo y lenguaje claro que pone el libro al alcance de los niños. El trabajo del señor Passy es una joyita para los maestros.

Canciones de Arauco.—El notable poeta chileno señor Samuel A. Lillo, nos envía, con atenta dedicatoria, un tomo

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año V ★ Director, Próspero Calderón ★ No. 201



Licenciado don Alfredo Voio

San José, Costa Rica. — América Central. — 7 de junio de 1908

Las ciudades de Costa Rica

XII

San José

4º—Instrucción pública

El torrente de eminentes profesores siguió su curso; muchos de éstos han sido perpetuados más tarde por un sin número de notables hombres que llegaron el caso daré á conocer.

Como sabemos, el 15 de abril de 1875 se nombró el personal docente del Instituto; en él vemos aparecer como rector de la Universidad é Instituto al Dr. don Lorenzo Montúfar; este distinguido centroamericano, me atrevo á decir centroamericano, porque era de los hombres que anhelaban la unión, pero no la unión postiza hecha con golpes de caja, toques de corneta y retumbos de cañón, sino la unión por amalgama, que así como el mercurio se combina con algunos metales y les cambia las propiedades, así los pueblos centroamericanos se unieran, confundiendo sus costumbres, razas y leyes, haciendo una unión sólida y fuerte.

Desde el año 1855 se registra que el Dr. Montúfar era Catedrático de la Universidad en el ramo de Derecho Civil; probablemente desde esta época figura más y más, en Costa Rica, ya como catedrático, ya como Ministro de Relaciones Exteriores, Instrucción Pública ó Guerra, en diferentes épocas, y no sólo en este país, sino en otras de las hermanas repúblicas.

Nació el Dr. Montúfar en la ciudad de Guatemala el 11 de marzo de 1823, quedando huérfano de padre muy joven; después de haber hecho los primeros estudios ingresó en la Universidad, donde obtuvo el título de Bachiller en Leyes.

Lo más notable del Dr. Montúfar, es que por muchos años fué el jefe del partido liberal, proponiéndose con sus ideales sacar á los pueblos centroamericanos de la profunda ignorancia y de la beatitud en que estaban sumergidos, herencia de la edad media.

Sus publicaciones en este asunto son notables, y no sólo en éste, pues hizo otras de clase diferente, siendo todas de primer orden.

Entre las publicaciones suyas tenemos: «Historia Patria», «Economía Política», «Derecho de gentes y leyes de la Guerra», «El General Morazán», El Si-

llabus», «Memorias autobiográficas» y gran número de folletos y discursos.

El Dr. Montúfar, con orgullo se puede decir, era ciudadano centroamericano.

El 8 de julio de 1869 el Ministro de Relaciones Exteriores del Rey de España, le manda una carta al Ministro de Relaciones de ésta, dándole cuenta de quién es la persona del eminente Dr. don Valeriano Fernández Ferraz.

En la citada Carta el Ministro hace constar que le dió permiso al Dr. Fernández Ferraz para separarse de su puesto de Catedrático de Árabe de la Universidad de Madrid; hace constar también que es un hombre de gran talento y saber profundo.

El Dr. Fernández Ferraz fué llamado para la dirección del Instituto de Cartago; en ella sirvió por muchos años, haciendo una tarea inolvidable, que hay que poner á realce siempre que se trate de la instrucción de Costa Rica en estos tiempos.

Seguir paso á paso la carrera de un hombre tan ilustre como éste, es tarea algo difícil, desde su nombramiento, 1858, de Catedrático de Latín y Griego del Instituto de Jerez de la Frontera, hasta no ha muchos años que se retiró de la carrera del Magisterio; no hizo otra cosa que suministrar luz á los cerebros, para que no siguieran sumergidos en la horrible obscuridad en que estaban.

En 1866 fué nombrado supernumerario de la Cátedra de hebreo y árabe de la Universidad en Madrid, Cátedra que ganó por oposición en 1868, habiendo servido antes como Catedrático de griego en la Universidad de Sevilla.

Ocupaba el puesto de Catedrático de árabe en la Universidad ya citada, cuando vino á Costa Rica á desempeñar un puesto en la instrucción de este país.

Años después pasó á Cuba y allí sirvió como Catedrático de árabe en la Universidad de la Habana, permaneció en este lugar corto tiempo, trasladándose á nuestro país, en donde formó su hogar.

Fundó algunos periódicos y uno que tiene especial interés para nosotros

es *La Enseñanza*. En esta importante revista que empezó á publicar en 1872, se encuentran algunos artículos brillantes, que habrá que reproducirlos para que aquel que no puede tener en sus manos el citado periódico goce con la lectura de interesantes artículos como estos.

Encontramos ahí, por ejemplo: los programas de matemáticas que propuso el eminente cartaginés don Francisco Picado.

La enseñanza de la legislación costarricense por el notable doctor en leyes D. Salvador Jiménez: empieza con la historia de la legislación en Costa Rica, explicando la evolución lenta que ésta ha seguido, y las causas de nuestras leyes.

En fin, el periódico está cuajado de firmas de hombres que fueron el orgullo de la intelectualidad en ese entonces.

Registra firmas tan respetables como las del Dr. Montúfar, Dr. Salvador Jiménez, Dr. Valeriano Fernández Ferraz, don Francisco Picado, don Luis Felipe Mantilla, Juan Fernández Ferraz.

Se encuentran los fragmentos de las clases de Química de la Universidad de Berlín, dados por el profesor Gustavo Guillermo Hoffmann, apuntes recogidos por el Dr. don Juan de Dios Céspedes.

Seguir enumerando todas las cosas notables sería un poco larga la tarea; básteme decir que es una joya entre los periódicos de Costa Rica por sus buenos artículos.

Para cerrar estos apuntes de profesores ilustres del Instituto, hombres

que con empeño trabajaron por la cultura intelectual de nuestro país, no podemos olvidar al notable profesor Licenciado don José de Torres Bonet.

Hombre que vino á nuestro país por casualidad. Tomando parte activa en la política española, militaba en las filas republicanas y se vió seriamente complicado en un complot que decidía cambiar la monarquía en república; al ser descubierto el referido plan, salió huyendo de España y llegó á nuestras playas.

Esto fué una dicha para Costa Rica, pues si no llevó á cabo sus ideales en la península, en gran parte preparó, junto con Bastiglio, Polacowsky y otros muchos, el movimiento científico que se ha venido produciendo aquí desde hace algunos años, y que ha recibido en estos últimos tiempos un empuje muy grande, dado por hombres como el Licenciado don Pablo Biolley, el Dr. Gustavo Michaud y otros muchos más.

Tres años duró solamente el señor Torres Bonet aquí, pues pasó á Nicaragua, contratado por el Gobierno de esa República para dirigir el Instituto de León. Seguramente lo que indujo á aquel Gobierno á contratar al citado señor fué la gran reputación que había adquirido en Costa Rica y en el mundo entero como hombre de ciencia.

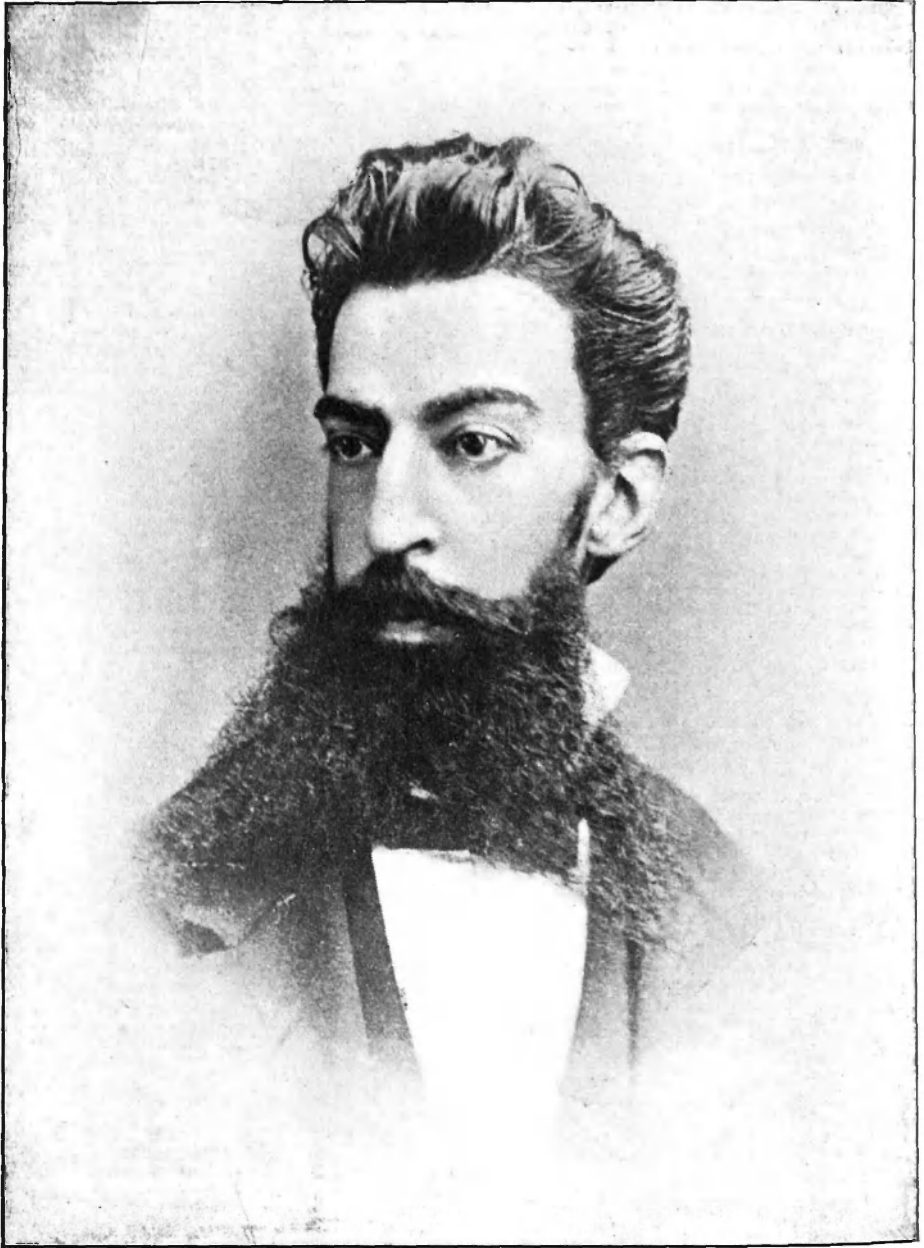
Era originario de Cataluña y había nacido en 1854.

El Instituto se cerró después de desfilarse por él profesores ilustres, como queda apuntado, y producir hombres notables, hombres de inteligencia esclarecida, tal como el Licenciado Geómetra don Alberto González Ramírez y otros muchos dignos hijos de Costa Rica.

José M. Fristán

15 de mayo de 1908





JOSE DE TORRES BONET

El baile del treinta

El baile dado por el Gobierno en el Teatro Nacional la noche del treinta de mayo próximo pasado, en honor de los Magistrados de la Corte de Justicia Centroamericana y de los Altos Comisionados de los Estados Unidos de América y de México, fué el brillante broche de oro que cerró la serie de festejos con que esta República agasajó á aquellos altos dignatarios.

Después de las ceremonias de rúbrica, de los banquetes, y de otras manifestaciones en que la sociedad costarricense externó sus simpatías hacia tan ilustres huéspedes, era necesaria una fiesta de esta naturaleza para presentarles, como si dijéramos, el *home* costarricense, el hogar *lítico* en todo su esplendor; el conjunto de nuestras damas, de nuestras bellas, que constituye el más alto y legítimo orgullo de que nos ufamamos, no tanto por su belleza plástica, que, con ser exquisita, no es sino un pálido reflejo de esa belleza insuperable que brilla en el alma de la mujer costarricense.

Quizá el baile de que me ocupo no pueda ser considerado por personas acostumbradas á las altas y refinadas fiestas europeas ó norteamericanas como un acontecimiento sensacional; pero, en cambio, ¡qué dulce fraternidad se respiraba allí! ¡cómo se desbordaban de los ojos y de los labios las explosiones de la amistad, apenas iniciada un momento antes, y luego cariñosa y suave como una intimidad que acariciaba el alma; y todo ello, sin traspasar un punto las lindes que demarcan la rígida etiqueta y el más refinado *tono*. Y es que la mujer costarricense posee, no sé por qué favor especial, el secreto de ser agradable, dulce y expansiva, aun en medio del rigorismo social más estimado.

El extranjero que se halle alguna vez en una fiesta como la del 30, no puede menos que confesar allá entre los suyos que visitó una sociedad culta que creía conocer desde hacía mucho tiempo, y en la cual se encontró como en su casa.

En efecto, aquí se habla al extranjero con esa ingenuidad que mira á la cara, sin reticencias chocantes, sin cursilerías fofas, sin encogimientos de provincia na; franca, llana y sencillamente. Tendrá que confesar que la dama costarricense es inglesa por su seriedad; francesa por su *spirit*; española por su sal y por su gracia.

Dicho todo lo que antecede, caería en superlativa ridiculez si quisiera singularizar á alguna de las personalidades femeninas que embellecieron con su presencia nuestro hermoso coliseo en la noche del baile del treinta. ¡Constelación brillante en un cielo de flores, de perfumes y de música!

Las desnudas y fugaces morbideces de las diosas del *plafond*, que parecen bañadas por la luz de una aurora de amor y de voluptuosidad infinitos, sintieron celos, allá arriba, de las morbideces discretamente veladas de las diosas de abajo.

Los señores Magistrados de las repúblicas hermanas, hoy nuestros huéspedes, así como los Altos Comisionados señores Creel y Buchanan, ausentes ya de nuestras playas, á la hora en que escribimos estas líneas, deben estar altamente satisfechos de esta fiesta, no tanto por la parte material de la misma, cuanto por el sentimiento de alta fraternidad y simpatía que reinó durante toda la noche, y que parecía envolverles, como otra nube de perfumes aun más exquisita que aquella que inundaba el salón con oleadas vaporosas.

No quiero terminar estas frases escritas al correr de mi tosco lápiz, sin llevar á los señores de la Comisión de este festejo, un sincero y merecido aplauso, y los más calurosos parabienes por la manera como cumplieron su cometido, y para encomiar la cultura de que nuestra sociedad sabe hacer derroche, cuando se trata del buen nombre de la patria.

N. Caro de Aragón

El Hachero

Cuento rústico

*Leído por su autor en la sesión
del Ateneo de Costa Rica, de 6
de mayo de 1908.*

1

A LA LUZ DEL ALBA

La noche, muda y sombría,
recoge su falda apenas
por las celestes almenas
en donde se anuncia el día.

Está la atmósfera fría,
húmedo el campo y desierto;
y dominando el concierto
de rumores de la aurora,
una voz rompe á deshora
tras de las tapias de un huerto.

Y cual si ella á parlamento
en contorno convocara,
dan respuesta pronta y clara
en tono igual, más de ciento.
Vibra aléteo violento
anunciando al pregonero
que gallardo, altivo, fiero,
legislador y galán,
es del serrallo el sultán
y el padre del gallinero.

Repite el toque de diana,
provocativo y erguido,
mientras que deja su nido
de arrebales la mañana.

El tañer de una campana
despierta á toda la aldea,
y la vista se recrea
en una férvida nube
de humo, que brota y sube
de una humilde chimenea.

Cuyo hogar prende María
y canta, sopla que sopla
el fuego entre copla y copla,
y espera cantando el día.

Su marido, que se avía
para ir al monte, al volver
á la voz de su mujer
á la bullente cocina,
el desayuno examina
con codicia y con placer.

Cuál se deleita al ver que
brota y trasciende el aroma
provocador, mientras toma
sorbo á sorbo su café.

Desayúnase de pie,
y antes de marcar la hora
en que se esfuma la aurora,
al marcharse el labrador,
recibe un beso de amor
de la lozana labradora.

Mientras su cuchillo afila
con pronto desmbarazo,
echa el último vistazo
al alba que allá vacila.

Una conciencia tranquila
refleja el rostro sereno;
mas al irse al valle ameno
el labrador que madrugó,
dice en su frente una arruga,
que hay un cuidado en su seno.

Y así, otra vez al marchar,
con insistente manera
se acerca á la compañera
de su vida y de su hogar,

Y—nadie puede escuchar
lo que entre pena y placer,
ella le deja entender;
pero con cierto rubor
lo dice; y él:—Por mi amor,
que no te alarmes, mujer.

Allá va, con el lucero
de la mañana por guía,
de su perro en compañía,
camino al bosque el hachero.

Lleva en su alforja el ligero
pan del hambre cotidiana,
que tanto en ganar se afana,
y hacía la oreja caído,
ancho sombrero tejido
con la pita americana.

Cortado á pico el camino,
á un lado la roca enhiesta,
empieza á bajar la cuesta
hasta el Birris cristalino.

A su diestra el campesino
considera la hondonada,
deteniendo la mirada
en el bosquejo sombrío,
y oyendo el rumor del río
perdersé por la cañada.

Surge del fondo hacia afuera
con su siempre verde traje,
el ambicioso ramaje
que borda la carretera:
perfumada cabellera,
al rayo del sol broquel,
y que á trechos cruza aquí
con flechas de luz dorada,
de una pantera manchada
asemejando la piel.

¿Quién habita entre el misterio
de aquel apacible umbrío,
y de la margen del río
goza: ¡bsoluto el imperio?
¿Cúya es la voz de salterio
de dulces ecos tesoro,
que se oculta por decoro
para lucir su donaire,
y puebla á deshora el aire
de campanillas de oro?

El druida de aquel sagrado
que no busca otro horizonte,
el familia de aquel monte,
tan fejis como ignorado,
el filarmónico alado
que viste color de acero,
el modesto cancionero
de metálica garganta,
entre los pájaros canta...
y encanta: dulce jilguero!

Escuchando el labrador
su arpada lengua vibrar,
evocando del hogar
reminiscencias de amor,
tuerce el camino á favor
ya de la luz matinal,
dejando allí el principal
que lleva al Reventazón,
y al ave dando lección
al eco del robleal.

A su frente se ve un prado,
de verde tierno vestido,
y paciendo allí al descuido
y con pachorra el ganado.

Uno que otro árbol plantado
como por mano casual,
da sombra bajo el caudal
de su ramaje sombrío,
mientras el sol del estío
cruza la meridional.

De pronto, un buey dormilón
que rumia una sopa añeja,
se yergue y pára la oreja
al notar el sordo són
de una fruta ya en sazón,
que á su peso despreñida,
desde la altura caída
en un momento preciso,
á merendar de improvisa
al buey dormilón convida.

Y atraído por aquélllo,
blandiendo la cola enhiesta,
hacia el lugar de la fiesta,
fijo el ojo y bajo el cuello,
se lanza á medio resuello
con carrera tan derecha,
que á su acierto sólo iguala
la dirección de una bala
ó la intención de una flecha.

Cruza el hachero resuelto,
verde maizal espigado
que ostenta el fruto granado
y el cabello al aire suelto.

Inclina su tallo esbelto
brotando espigas la caña,
y el sembrado en luz se baña
y como la mar olea,
cuando sus hojas orea
la brisa de la montaña.

En un lenguaje discreto
sus confidencias apuran
las hojas, y se murmuran
cosas de grave secreto.

Al soplo del viento inquieto
tan sensibles como bellas,
se inclinan y enlazan ellas,
cual si á deshora reunidas,
se sintieran sorprendidas
unas tímidas doncellas.

La brisa retoza y ríe
y susurra por la espalda
de las hojas, esmeralda
unciosa que el sol deslíe.

Acaso las contraríe
que un extraño llegue á verlas,
y viniendo á socorrerlas,
las ninfas de la arboleda
cruzan sus trajes de seda,
frotan sus sargas de perlas.

Arboles de larga vida
tendidos en los rastrojos,
enseñan en sus despojos
las ruinas de su caída.

Como trinchera vencida
los salva á salto ligero,
y pone el pie en el lindero
de un bosque virgen, profundo,
en el cual, lejos del mundo,
va á sepultarse el hachero.

II

A LA SOMBRA DEL BOSQUE

¡Cuán majestuoso el bosque se levanta!
Cómo el respeto embarga al sentimiento
al visitar su soledad sombría!
Siente bajo de sí la humana planta
crujir el alfombrado pavimento,
y no penetra —ó débil ó sin guía—
hasta allí la luz del día.
Temor de que es ejemplo

el que provoca el templo.
al corazón impresionado asoma:
bajar se siente la temperatura
entre la virgen y húmeda espesura
que al aire inmóvil llena de su aroma,
y aquella magestad y aquella calma
inclinan así el cuerpo como el alma
á prosternarse gratos ante el nombre
de quien dió el cetro del planeta al hombre.

El bosque solitario es el recato,
como un oasis en la humana lucha,
y á meditar convida su presencia.
La gama de lo verde, al mirar grato,
el rumor indeciso que se escucha
y el aroma de aquella florecencia,
persuaden el sentido y la conciencia.

El bosque secular es todo agosto,
desde el colgante juuco, hasta el robusto,
erguido tallo que hacia el sol camina:
el musgo oscuro que se ve de lejos
como el vestido de los troncos viejos:
las cortezas que sangran su resina,
y las parásitas que están sin pena
sacando el jugo de la vida ajena,
y cuyas hojas verde cardenillo
están hechas á golpe de martillo.

Aquel es el taller del brioso hachero.
soberano señor de aquel dominio,
y allí son sus combates singulares.
Ya va á elegir su víctima certero,
y por él condenados á exterminio,
se destacan los troncos seculares,
así cual los pilares
de un templo, y él los nombra
y conoce aun por la sombra.
Allí titnes; el robie amarillento
de entrañas duras y de fruta amarga,
que de oropéndolas los nidos carga
y los columpia rítmicos al viento:
el laurel, el copalchi, la encina,
el que luce corteza purpurina,
y el ira, tinto en colección hermosa,
en blanco, en negro y en rubí y en rosa.

Mas él prosigue y la atención separa
de aquella variedad provocadora,
cual si tuviera la elección segura.
Los arbustos le rozan en la cara,
y de lejos le llega y á deshora
la voz agreste y ahuecada y dura
con que de la espesura
van los monos saliendo
con gutural estruendo.
Al fin, al fin la agitación modera,
cual si su empeño conseguido hubiera,
y de alto á bajo, de un vistazo abarca
un tallo altivo, recto, corpulento,
acostumbrado á desafiar el viento,
que presume de rey de la comarca
y el cual adulan juncos cortesanos
que allí viven endebles y livianos,
buscando sombra, protección y medro
al pie del alto y poderoso cedro.

Lastirantes raíces de que brota,
hondas y fuertes clávanse en la tierra.—
Escampa el hombre en torno la maraña,
el filo cortador taja y rebota,
al matorral cercano haciendo guerra;
y al mejor de los árboles que huraña
guardara la montaña,
¡oh, inexorable suerte!
los golpes de la muerte
lo buscan ya.—Sonó el primer hachazo
á la altura del pecho del hachero,
que encorajado, inevitable y fiero,
vuelve el hacha en la extensión del brazo;
y al consultar el plan de la caída
para inferirle la primera herida,
el primer golpe, que cien más provoca,
abre en el troco desdentada boca.

—«Cedro gentil, que seculares llamas
las estaciones de tu augusta vida,
de juvenil verdor siempre cubierto.
Caigan al pie tus opulentas ramas,
de sabandijas tímidas guarida
y de avecillas que en el pico abierto
lleva su concierto
en torno de su nido.
Escúchase el zumbido
de abejas mil en libre batahola
acendrando la miel de sus panales,
y anidan á dos puertas tus quetzales
por no estrujar las plumas de su cola.
No más te escale con altivo anhelo
bejuco trepador, ni bese el suelo
ése que flota con gentil donaire
como un cabello á la merced del aire.

Tal vez te guarde, oh, cedro, tu destino
á noble y bello y bienhechor empleo,
y vaya á sustentarse en esa erguida
cabeza tuya el techo per grino
de un artístico y vasto coliseo;
ó echado sobre el río en su crecida,
salves al hombre la arriesgada vida:
ó bien, ya te contemplo
la bóveda de un templo,
la morada divina,
sosteniendo, ó hecho en lámina delgada,
en la aristócrata ciudad vecina
protegiendo del hombre la morada;
pues son incorruptibles tus entrañas
que en suaves tintes indelebles bañas,
desde el pálido lucir de la canela
hasta el rubí que á la granada encela».

Así cantaba un plácido jilguero
desde una rama de laurel vecina,
en tanto que á su alforja y al reposo
pedía nuevas fuerzas el hachero.
Su frugal refrigerio allí termina,
y el labrador sediento busca ansioso
cierto maravilloso
bejuco; y sin trabajo
aquí tajo, allí tajo,
el cuchillo v. brando de repente,
corta un trozo del bejuco, aplica
el labio al tubo, y milagrosa y rica,
aun del sol escondida, dulce fuente
de agua que brota de la entraña hueca,

pasa á la boca cálida y reseca
del hachero y su vigor restaura,
intacta, fresca, virginal y pura.

Huyendo del cenit, ya del sol arde
con rayo oblicuo la cansada frente;
y aun su brazo el hachero no ha dejado
un punto descansar. Aquella tarde
es el hacha un ariete diligente
para las lides del trabajo armado,
y en vértigo lanzado,
el brazo que la obliga
no tiembla de fatiga.
Empero, cierto vago desaliento
del alma, no el cansancio, á veces vierte
sobre tanto tesón su soplo inerte:
al corazón carcome un pensamiento
como al cedro el hacha, y es la idea
sola de triunfar en la pelea,
la que mantiene elástico aquel brazo
y redobla su fuerza á cada hachazo.

Ya se estremece el árbol, ya vacila
al compasado socavar del hacha
que carcome y carcome más la boca.
El hachero solícito vigila,
gira en torno, se empeña, ya se agacha,
vuelve al hacha, alza los hojos, invoca
á Dios y se coloca
á salvo del desmayo
que, cual presa del rayo,
sufre el cedro con grito pavoroso;
y agita sus cien brazos y se lanza
al suelo con su pompa de esperanza,
para no alzarse más, aquel coloso.
El valle se ensordece con el eco
del estallido estridoroso y seco,
entra mugiendo por el abra el viento,
y brilla en limpio azul el firmamento!

Jadeante, agitado todavía,
el vencedor en singular torneo
mira su obra, de orgullo conmovido;
no de otro modo contemplara un día
el cadáver del roto filisteo,
armado con su honda el niño ungido.
Apaciguado el ruido,
serena la borrasca,
sacude la hojarasca
y mide á brazas al gigante muerto.
Mas notando que el sol busca el ocaso,
á su aldea el labrador á vivo paso
retorna, dando testimonio cierto
en el rostro, de un vago sobresalto;
y pensando en su hogar, fija en lo alto,
mientras la última luz el cielo dora,
los ojos suplicantes del que implora.

III

AL CALOR DEL HOGAR

Encubre la tarde sus rubios colores
bajo el combo techo de un cielo turquí,
que prenden diamantes y salpican flores
de cálices criados en prados mejores
que los pradecillos que crecen aquí.

Esas horas suaves que siguen al día
pasan sobre el alma sin turbar su faz,
Mientras en el seno de la noche umbría
perfumes y cantos unen su armonía,
y en el pecho se abre la flor de la paz.

Allá tras el monte la luna clarea,
de novia, los velos de muerta el color;
y el humo se escapa de una chimenea,
la sola que activa parece en la aldea
de donde á la aurora partió el labrador.

Mas éste ¿qué anhela, que el paso apresura
é inquieto y ansioso se le ve volver
al hogar tranquilo, donde está segura
y en paz la conciencia, y en donde la pura
llama del cariño guarda una mujer?

Divisa á lo lejos la cruz de la ermita
y en aires serenos ve el humo flotar,
y siente en el pecho que un peso gravita
y preces humildes andando recita
y en alas quisiera volver al hogar.

La aldea está muda, se ven esfumadas
las casas por entre la niebla salir;
y al fin, del hachero se oyen las pisadas
á sus propias puertas, que medio entornadas,
muestran de las luces el ir y venir.

Aquél no vacila, penetra y avanza
corredor adentro, muy dueño y señor;
y presa de duda, presa de esperanza,
aun teme indagarse y entra sin tardanza
en un claroscuro aposento interior.

Allí está su madre, que en el rostro amante
refleja del alma la ingenua bondad;
y hecho un rollo pulcro, le pone delante,
gozosa observando su absorto semblante,
un niño que cuenta seis horas de edad.

Un botón la boca, mórbidas mejillas
con un par de hoyuelos que hacen sonreír,
el gorro calado, prietas las mantillas,
y puños y cuello frescas mantequillas,
así gasta el niño la vida en dormir.

El padre, temblando, lo toma y levanta,
mudado el semblante de viva emoción:
risa y lloro á un tiempo siente en la garganta,
y en voz que el sollozo cortado quebranta,
no me engañó, dice, mi fiel corazón.

La anciana, que observa, ya al hijo, ya al nieto,
con ojos curiosos y aspecto triunfal,
al notar de aquél un ademán inquieto,
—Bien feliz ha sido,—dícele en secreto,—
déjala que duerma su sueño cabal.

Mas él aun pregunta y á besos procura
que abra los ojos aquel dormilón;
y la abuela sigue:—Yo estaba segura,
lo dije hace tiempo: ¿mujer? ¿qué locura!
¿ser el primogénito y no ser varón?

A volverme estuve cien veces tentado
desde esta mañana, madre, que partí;

y mientras estaba del hacha pegado
mi brazo en el bosque, lleno de cuidado
el corazón, madre, todo estaba aquí.

Dice así y ensancha suspirando el pecho,
y á paso callado vase á descorrer,
de las señas que hace la anciana á despecho,
la cortina blanca que resguarda el lecho,
en donde dormida yace una mujer.

Su plácido sueño ni un punto se altera,
aunque el de su frente la serenidad
turba con un beso, de suave manera;
en tanto que en trenzas largas hasta afuera
del negro cabello cuelga la mitad.

Es la media noche: sobre aquella aldea
que en sueño reposa, no se deja ver
la columna de humo de la chimenea,
que el aire liviano jugando ventea
al rayar el alba y al anochecer.

Duerme aquel serrallo que en la madrugada
despierta á los cantos de aitivo sultán,
y en la torre sola, del techo colgada,
la vieja campana duerme custodiada
de un buho, su grave, nocturno guardián.

Duerme el niño, huésped del mundo aquel día,
el sueño á la madre abanica la sien,
y el hachero rudo que sufrido había
fatiga, zozobra, sorpresa, alegría,
al peso se rinde del sueño también.

Sólo, junto al niño, no duerme la abuela,
que rumia recuerdos de su mocedad,
y oye que en la torre, como un centinela,
con roncós chirridos el buho que vela
hiende las entrañas de la oscuridad.

Después del trabajo se anhela el reposo,
el día es fatiga, la noche solaz:
feliz el que labra la tierra afanoso,
del bien de los bienes gozando dichoso,
si goza en la vida del bien de la paz.

Así filósofa la anciana y cavila,
pasando sus cuentas una de otra en pos;
mientras llega el alba pensando tranquila,
que del modo que ella por otros vigila,
por ella y por todos velando está Dios!

Félix Mata Valle

Crónicas Internacionales

Para Páginas Ilustradas

La paz más octaviana reina á mi alrededor. Ni siquiera la ha turbado la fecha del 1º de mayo y de cuya celebración se hacían lúgubres profecías. Las precauciones eran muchas; pero era mayor la resolución de que la cosa se conmemorase tranquilamente y así ha sucedido.

Demos gracias por ello al Todopoderoso; pero no olvidemos al Prefecto de Policía Mr. Lepin, ni tampoco á los trabajadores que serios y prudentes han querido dar la nota cívica de su cultura. Amén.

Y esparciendo la vista desde las aberturas de mi altísima posición (una buhardilla con ciento treinta y cuatro escalones de prólogo) hasta las más lejanas.....lejanías, siento las auras de paz más alegres y reconstituyentes. Todo son abrazos y ósculos fraternales. Vale más así para la estabilidad de las Bolsas, con B de burro grande, y la tranquilidad de las madres.

Ya Turquía ha bajado los humos y en vez de cañonazos da sablazos, dicho sea en la acepción más..... monetaria de la frase. Italia y Austria están á partir un piñón. El grandísimo Kaiser, en Corfú y otras históricas islas, parece como dispuesto á renovar la *Odisea*. Fallières se va á Londres; Eduardo de Inglaterra, padre de la reina de Noruega se va á Suecia á visitar al rey y le asegura que le quiere entrañablemente. El yanqui y el japonés no piensan ya en destrozarse y hasta Bélgica y Holanda por tanto tiempo imagen de Eteocles y Polinice están en vías de llegar á una *entente cordial*, movidos, al parecer, por los temores de las intenciones que, cualquier día, pudiese manifestar sobre ellos el ya citado grandísimo Kaiser.

En el lusitano reino se han abierto ya las Cámaras y el jovencito Manuel ha jurado la constitución prometiendo la mar de venturas y felicidades á sus paisanos y vasallos que con tan plausible motivo, están bailando de puro satisfechos. Por Es-

paña andan celebrando con inusitada pompa el centenario de aquella sublime barbaridad que se llamó guerra de la independencia, pero que mejor sería llamarla fernandista, porque no se luchó tanto por la libertad como por sostener en el trono al nunca olvidado Fernando VII que tan espléndidamente y tan amorosamente pagó á sus defensores el heroísmo con que le defendieron.

Allende el canal de la Mancha continúan diciendo que donde dijeron *hache* hay que poner *jota*.

Después de haber derrotado en toda la línea á los conservadores y hundido en el polvo á los candidatos de Balfour y Chamberlain, ahora reventan á los liberales para que triunfen los conservadores.

Frigilidades humanas ó inglesas, que podría decir Shakespeare ú otro cualquiera. Pero dejándonos de bromitas; la cosa es grave. El nuevo y flamante Ministro de Fomento, Mr. Churchill; ha sido derrotado al presentarse para su reelección en Manchester; y esa derrota alcanza á Mr. Asquith que es quien ha hecho Ministro á Churchill.

Nada; que los taberneros no le perdonan al partido liberal las siniestras intenciones que tiene para acabar con el.....recreo nacional.

Debo aclarar una cosa. Las auras de paz de que he hablado al principio de esta crónica, reinan sólo por la vieja Europa. Más allá de ella los vientos no son tan pacíficos.

Le Temps de hoy, es decir, de ahora mismo, publica un despacho fechado en Dagona el 17 de abril, en el cual se transmiten muy graves noticias. Dice el despacho que un ayudante indígena y otro ayudante europeo escoltados por una columna formada por dos sargentos europeos y 30 soldados regresaban á Argelia para desde allí trasladarse á Francia. Con la columna iba un gran convoy de camellos y porteadores con provisiones y alguna mercadería, más unos miles de francos en metálico.

En el camino no tuvieron ningún tropiezo, pero muy cerca ya del último poblado, fueron sorprendidos por una avalancha de moros que los pasó á todos á cuchillo, salvándose únicamente el ayudante europeo al que habían dejado por muerto y que á duras penas pudo llegar á Nouakchott, donde pidió socorro, saliendo inmediatamente una columna volante que no encontró otra cosa que los muertos horriblemente mutilados.

Este es por ahora el resultado de la penetración pacífica en Marruecos que se sale, no tan pacíficamente, por el otro extremo.

Me parece, me parece que á Francia le va á salir por una friolera el negocio en que se ha metido.

¡Ah! pues á los ingleses también les ha salido un grano por allá donde Tipo-Saib les dió tanto que hacer en 1857. Unas tribus que no sé cómo se llaman, porque unos periódicos dicen una cosa y otros otra, parece que no sienten las mayores simpatías por los británicos y quieren echarlos un poquito más allá de sus vecindades. Naturalmente que la vieja Inglaterra no participa de la misma opinión y ahí tienen ustedes un motivo muy plausible para que los indios y los rubicundos *albionenses* se estén matando con toda tranquilidad.

¿Cuándo se vuelve á reunir el Congreso de la A. Z.?

Perico Hurón

Paris, 4 de mayo de 1908.

Licenciado don Alfredo Volio

Honramos el presente número de nuestra Revista con el retrato del señor Licenciado don Alfredo Volio, quien hace poco vino á servir la Secretaría de Gobernación, en sustitución del distinguido hombre público Licenciado Astúa Aguilar, nombrado Juez de la Corte de Justicia Centroamericana que acaba de inaugurarse. El señor Volio es un joven (no cuenta aún 6 lustros) de talento muy claro, de ilustración general, de patriotismo ardiente y de cultura exquisita. Goza él de otra ventaja inapreciable,

difícil de obtener y, más aún, de conservar en el terreno político, donde tantos intereses encontrados chocan y llenan el aire de flechas envenenadas: la estimación pública. El señor Volio es, en efecto, un hombre que se diría popular. Todas estas razones hacen que tirios y troyanos tengan tal nombramiento por muy acertado y que su presencia en el Ministerio por todos también sea vista con simpatía. Mucho tiene que esperar la patria del nuevo Ministro.

Parloteos

La fiesta de la Sociedad de Deporte Juan Santamaría

nosotros en tales términos que ya casi no queda población de la República en donde no actúe, cuando menos, una sociedad destinada al *sport*: diríase que el brío palásgico reverdece con lozanía en los músculos vibrantes de nuestra juventud: sólo faltan los pórticos, (y algo más, tal vez), para que la comparación no resulte hiperbólica. Contra lo que de ordinario en estas tierras acaece por efecto de nuestra volubilidad cuasi infantil, la afición por los deportes no ha decaído en nada con el trascurso del tiempo; antes bien, cada día recluta nuevos y fervorosos cultivadores entre la juventud que de un extremo á otro del país se levanta.

El gusto por los ejercicios atléticos, que comenzó por ser una moda, ha acabado por imponerse en nuestra sociedad con la fuerza irresistible de la costumbre. Este fenómeno corresponde, ciertamente, á la necesidad física que de movimiento y expansión experimenta la juventud; pero hemos de reconocer igualmente que ese género de ejercicio es un producto de la influencia norteamericana, que en varias órdenes de la vida entre nosotros irremediablemente se hace sentir; pero, ¿cómo no?, si comercialmente, y aun políticamente, cada vez más con ellos vivimos en forzoso contacto. Contribuyen á hacer más activo y eficaz este rozamiento los jóvenes costarricenses que en gran número á Norte América van á educarse. Organismos vírgenes, en que, por tal razón, se graban hondamente todas las impresiones, los mozos se hacen con prontitud á las costumbres norteamericanas, que son las costumbres de un pueblo civiliza-

do y que, por esto mismo, tienen en sí mayor poder de penetración.

No dije esto de mal talante; porque ninguna influencia civilizada á mí me preocupa con visiones apocalípticas de exterminio: me doy á pensar, antes bien, que haciéndonos á los modos yanquis nos preparamos para sostener mejor la superioridad histórica de nuestra raza: díjelo para hacer notar que estudiantes costarricenses importaron de Norte América los juegos de *sport* que están aquí en boga y que pronto se incorporarán definitivamente en el raigambre vernáculo de nuestras costumbres.

Sería, por ende, cosa de imposible realización el querer registrar á diario las partidas, (*matches*), en que empeñan sus bríos los mil clubs de deporte, (*sport*), que existen en el territorio de la República. No hay cronista que con tal empresa apechugue. En cuanto á mí, que, en rigor, no hago oficio de cronista, á nadie se le pasará por las mientes la idea descabellada de que voy á describir una función en que ha tomado parte el club deportivo que se regodea con el nombre glorioso de Juan Santamaría.

Este club ofrece particularidades dignas de singular consideración. Por eso lo traigo á cuento. Nótese en primer lugar que esta criatura ha sido bautizada por sus padres en el Jordán del idioma nativo: *Sociedad de deporte Juan Santamaría*: puro castellano y castellano puro. Por donde se viene á advertir que los juegos yanquis pueden hacer muy buenas migas con el idioma de nuestros progenitores; todo se reduce á dejar á cada cual en posesión de lo suyo. Aceptemos de buena guisa la contribución del yanqui á la obra de nuestra cultura, solamente, eso sí, en cuanto esa contribución nos sea provechosa; pero no apandemos tontamente con novedades que sólo sirven

para contrahacer lo que tenemos en casa, cuando lo que tenemos en casa es tan bueno y lucido como la lengua, en cuyos cofres de oro se ocultan atavíos de gran valor, para que hábiles manos con ellas la emperegilen y pongan de veinticinco alfileres. Pero échese encima las garambainas y los postizos que por los ojos le mete la intrusa y veréis convertida á la real moza de aquende en un marracho que, más que para hacer reir, es para dar compasión.

Pues no sólo por esto del nombre se distingue la simpática asociación á que me refiero: se distingue también porque sus socios se empeñan en adquirir cultura social é intelectual conjuntamente con la educación física que los ejercicios corporales reportan, — muy útiles, por de contado, como que ellos procuran fuerza al par que salud. Ya es un tópico, por otra parte, que la raza sajona á los ejercicios atléticos debe en mucho la superioridad con que, según se dice, á la nuestra se sobrepone en achaque de civilización. Parece muy cuerdo, por tanto, que nosotros, en nuestra solicitud por emular las costumbres salvadoras de aquella raza, nos demos al atletismo con entusiasmo que, á poco, se confundiría tal vez con el frenesí. El daño consiste en que no nos cuidemos de cultivar la inteligencia con solicitud parecida, sino mayor; porque el poder físico es un monstruo que nada útil acertar á hacer si no lo guiase el águila de la inteligencia desde la altura en que como señora del mundo con serenidad majestuosa se cierne. Mal informados andan aquellos que en la disciplina del músculo ven el toque

del predominio sajón; no poco les importa saber á los tales, por eso, que el anglo-sajón no ha triunfado sino gracias á la cultura científica de su inteligencia, que, así, es un poderoso instrumento de victoria para hombres sanos, fuertes, metódicos, tozudos, de resistencia ante el obstáculo, de tenacidad en el esfuerzo, — cualidades que la educación física puede engendrar, eso sí.

Es de aplaudir, por eso, que la Sociedad de deporte Juan Santamaria, que es una sociedad de obreros, dígo-lo en honor suyo, se preocupe también por esparcir entre sus socios la semilla de las ideas mediante lecturas y disertaciones que en el recinto del club tienen lugar todas las semanas. Precisamente, en estos días la Sociedad dió una fiesta de esa índole en celebración de su primer aniversario. Ya que de ella no podría yo hacer una descripción, conténtome con reproducir el programa á que hubo de ajustarse; con lo que, después de todo, creo dar una idea del valor social que ella tuvo, así como del éxito por ella también alcanzado con sólo reunir en dulce consorcio el arte, la idea y la hermosura. He lo aquí:

1.º Nubes rosadas

Vals por la orquesta

2.º Al Trabajo y El Verbo Fuerte

POEMAS

*Recitación por su autor
Lisímaco Chavarria.*

3.º E' L bro

Conferencia, por Daniel Ureña

4.º Baile

**La velada
de la
Escuela de
Santa Cecilia**

No ha de cerrarse el tomo V de la obra en doce volúmenes que se intitula 1908 sin que yo deje en sus páginas algunos rasguños más acerca de sucesos que en las presentes kalendas han ocurrido: muy digna de comentario me parece, por ejemplo, la velada que hace poco celebró la Escuela de Santa Cecilia para honrar el nombre de don Juan Rojas, benefactor de la Escuela, el de la señorita Pacífica Zelaya, alumna del mismo establecimiento, y el de don Alejandro Monestel, que le metió el hombro á la sociedad en los primeros días de su organización; es decir, en los más dificultosos para cualquier sociedad que, con escaso apoyo, lucha por ponerse en pie y echarse por esos trigos.

El capitalista don Juan Rojas le dejó á la Escuela un legado, no muy cuantioso, es verdad, pero que, así como así, vínole muy á pelo para subvenir á los gastos, si no muy grandes, forzosos, que el sostenimiento de la novel institución demandaba. La munificencia del millonario tico es tanto más plausible cuanto que ella se aparta de lo usual y corriente en punto á desprendimientos *in articulo mortis*: rompe, á fe, con la tradición aquel que, á la hora de liar los petates, se atreve á hacer legados que no son para aumentar el copo de nuestra santa madre la Iglesia ó, á lo sumo, para socorrer á los pobres.

Pero la Iglesia era, por lo regular, la que se lucía, porque, al fin y al cabo, ella sola tenía poder para disputarle al demonio la posesión de las almas, y este es servicio que conviene pagar con rumbo y sin regateos. Hoy la situación ha desmejorado su poquitín para la esposa de Cristo, porque los hombres de esta era nefasta nos tratamos de tú con el mismo demonio y nos entendemos á maravilla con él, ya no con el cura, para llegar á arreglos equitativos en lo tocante al negocio de nuestra salvación. Sea como fuere, el rasgo á que me refiero dice bien claramente que el generoso espíritu de don Juan Rojas amaba la música y que comprendía, á la vez, la utilidad educadora de ese arte, que, no por ser divino, escapa á la intuición intensa del vulgo. Ese rasgo aun no ha

tenido aquí imitadores; pero, ¿qué importa!: no hay semilla que no fructifique á su tiempo.

La señorita Pacífica Zelaya era una alumna que honraba á la Escuela, en la cual hizo esta joven el aprendizaje que la habilitó para entrar sin tropiezos, como quien dice, en casa propia, en el Conservatorio de Brusclas. Sus maestros, los de aquí y los de allá, consideraron siempre que la señorita Zelaya poseía dotes sobresalientes para ilustrarse en el ejercicio de la música, que ella cultivaba con fe y entusiasmo de artista. Pero he aquí que la mano torpe de Oteló trunca en flor esa promesa de gloria. El arte fué para ella refrulgento crepúsculo matutino; pero el amor fué para ella, en cambio, el crepúsculo hermoso y dulce que precede á la noche. ¿Quién de nosotros ignora ese idilio terminado en tragedia?

Don Alejandro Monestel es un profesor de música tan distinguido que tiempo ha se gana la subsistencia con facilidad y desahogo en la populosa urbe de Nueva York; tiene allí su estudio en *Carnegie Hall*, gran edificio destinado á escuelas de música por el Creso yanqui que ha ilustrado su nombre de nabab con donaciones cuantiosas para proteger empresas de generosa y humanitaria intención; por este mismo Carnegie que, según se sabe, ha regalado cien mil dollars para construir el edificio donde tendrá alojamiento digno de ella la Corte Centroamericana de Justicia que, bajo tan lisonjeros auspicios para el porvenir de Centro América, acaba de instalarse en la antigua metrópoli costarricense,—la vieja y noble Cartago. Pues bien, para con este notable artista, que hoy honra en el exterior el nombre de la tierra, está la Escuela fuertemente obligada, asimismo; porque él sostuvo á punta de energía ese útil establecimiento durante los largos meses en que, por falta de apoyo, estuvo á pique de perecer y porque, con sus conocimientos y su entusiasmo, él llegó á darle á esa escuela, que regía é inspiraba con título de director, un impulso tan vigoroso como eficaz.

Resulta muy puesto en razón, por lo tanto, que la Escuela de Santa Cecilia quisiese enaltecer y honrar, á la una por cariño, á los otros por

gratitud, el nombre de la señorita Zelaya y el de los señores Rojas y Monestel, cuyos retratos con ese fin acordó colocar en lugar propincuo del salón destinado á lecciones, como un homenaje tan señalado y notorio que de él á todas horas pudiesen recibir ejemplo y emulación cuantos allí cultivan la música. Pero el cumplimiento de esa disposición no podía ni debía realizarse así como así, y para darle toda la solemnidad que era justa, el señor don José Joaquín Vargas Calvo, actual director de la Escuela, con los mismos y preciosos elementos que allí tiene á sus órdenes, dispuso y organizó la velada á que al comenzar estas líneas hube de referirme. No podría yo hacer una descripción de esa festival, por el motivo de cos-

tumbre, porque no asistí á ella. Ya mi público sabe que yo siempre "andó á monte," como con frase expresiva dice el pueblo tico. Al cabo, la tarea resulta bien dividida, porque otros hacen la relación y yo le pongo la música, ó sea, para hablar sin retóricas, el comentario. No he de terminar hoy mi tarea de comentarista sin decir que el maestro Vargas Calvo, si joven, es un digno sucesor de don Alejandro Monestel en lo que toca á la dirección de la Escuela, que él ha sabido mantener sin menoscabo, antes bien, con auge creciente, entre las volubilidades con que nuestro temperamento de mariposa suele comprometer la existencia de empeños que piden constancia y tesón.



La Corte de Justicia Centroamericana

Ahora más que nunca me está vedado el papel de cronista, sobre todo, porque no es mío el reseñar en unos pocos renglones las solemnidades y fiestas con que el Gobierno y la sociedad han celebrado la inauguración de la Corte Centroamericana que en la ciudad cartaginesa tiene asiento desde ahora, (y hagan los dioses que ello sea por muchos años, para ventura de los pueblos que en el agosto areópago recientemente instituido ven levantarse el hermoso é incommovible paladión de la paz). Retretas, pic-nics, comilonas, visitas á edificios públicos, bailes, de cuanto es hacadero, nada ha dejado de hacerse para honrar y agasajar á los Magistrados de la nueva Corte y á los representantes de los Estados Unidos y México,—los que, como nadie ignora, han venido á autorizar con su presencia el solemne acto indicado,—cortesía hasta cierto punto obligada, como que la conferencia de Washington, de donde nació la Corte, bajo los auspicios poderosos de esas dos grandes naciones, hubo de celebrarse.

Muy puesto en razón es sin duda que el Estado y la sociedad echen la casa por la ventana para obsequiar á huéspedes de tanta suposición; justo es decir que Costa Rica siempre ha sabido regalar á sus huéspedes con rumbo de príncipe; gente nada manirrota, en ocasiones tan señaladas como ésta la gente tica jamás dejó, sin embargo, de deshacer los mil nudos de la hucha para cumplir á lo gran señor con cuanto pide la cortesía, y algo más; pero en esta ocasión no se trataba únicamente de llenar ciertas fórmulas sociales de cortesía mundial, con más ó menos esplendidez; tratábase de celebrar dignamente el nacimiento de una institución jurídica que, así por su naturaleza como por sus fines, de modo práctico les asegura á estos pueblos el beneficio de la paz, en el que nunca podrían ejercitarse en los menesteres de la civilización, para alcanzar los destinos providenciales que, en porvenir lejano, pero seguro, dulcemente sonríen á nuestra ansiedad como una promesa de bienandanza.

No hay en Centro América cosa que en tan poco se estime como la

paz. Es inútil advertir que no incluyo á Costa Rica, pueblo eminentemente pacífico, en declaración tan rotunda como ésa: saben, por lo demás, mis conterráneos, únicos para quienes estas coscosas se escriben, que cuando aquí decimos Centro América, en el lenguaje corriente, sólo nos referimos á las regiones centroamericanas de allende el Sapoá; la exclusión es geográficamente arbitraria. ¿quién lo ignora?: pero políticamente quizás no lo sea tanto. Por cierto, que en esta delimitación verbal de fronteras, que tiene, sin embargo, su lógica, soñadores rabiosos ven malamente un signo que acusa predisposición mezquina hacia la idea de vivir en común; pero el caso es que la tal delimitación geográfica, por caprichosa que parezca, corresponde tácitamente á un modo de ser, en manera alguna á predisposición emotiva.

Sea como fuere, porque esto no es para di cutido en esta ocasión, no hay cosa, decía, que en tan poco se estime como la paz en las otras cuatro secciones de Centro América: pruébalo esa facilidad cuasi infantil con que á las manos se vienen estos vecinos quisquillosos, en quienes, por añadidura, el valor es una cualidad primaria é impulsiva. Racionalmente buscado, difícil cosa es hallar pretexto que en toda ley justifique una guerra,—el desvario más criminal á que, como ciegos esclavos del *ananké* fisiológico, suelen entregarse los hombres. Conquistar la independencia, repeler una invasión, derrocar un tirano: motivos de tamaña magnitud pueden justificar el que, á falta de otro recurso, al extremo doloroso de la guerra en caso desesperado se ocurra; pero buscad el motivo por el cual se rompen los morros á cada triquitraque nuestros hermanos de por allá y, por lo común, sólo hallaréis pretextos fútiles, ambiciones desatentadas, intereses mezquinos, con cupiscencias sórdidas, con habilidad ocultos entre los pliegues del pabellón vistoso que las ignorantes víctimas aun tienen por nuncio y símbolo de la patria.

El afán belicoso en tales términos se había enardecido últimamente que casi casi vivíamos en perpetuo estado de guerra: no hay para qué decir

el barullo de males en que esa situación sumergía aun á las gentes cuya índole no era para andar en esas que un presidente de Colombia, país donde el guerrear había venido á ser un deporte, llamaba *retozos democráticos* con gracejo maleante. Los sentimientos de la humanidad, los intereses de la civilización, sufrían de tal suerte en esas mascaradas sangrientas que se hacía preciso buscar un medio seguro para meter en cintura á los danzantes centroamericanos: tal fué el origen de la conferencia que, por iniciativa y sugestión de los presidentes Roosevelt y Díaz, se reunió ha pocos meses en la capital de los Estados Unidos y de la cual es fruto, á su vez, la Corte de Justicia Centroamericana cuya instalación nos ha dado motivo para repicar gordo por aquí durante una buena quincena.

Hásele censurado al Gobierno de la República el haber tomado parte en la Conferencia por los presidentes Roosevelt y Díaz promovida para poner fin al desenfreno belicoso de nuestros vecinos: arguyóse, efectivamente, que por no andar enzarzados en esas marimoreñas, no habían menester los costarricenses el preservativo que se buscaba; decíase, sobre esto, que, por su participación en la Conferencia, este país compartía virtualmente con los otros la responsabilidad de pecados que no eran suyos, ni Cristo que lo inventó. Ciertamente, pacíficos, como somos, por carácter, por conveniencia y por costumbre, no teníamos por qué buscar ni tomar medicamentos para combatir alifafes imaginarios; mas, por lo que toca á lo segundo, si es verdad que moralmente no nos alcanzan las responsabilidades en que otros incurrten, no es menos verdad que nosotros también sufrimos, mal que nos pese, las consecuencias de los *retozos democráticos* á que con graciosa intemperancia se entregan los políticos de allende el Sapoá: para Europa y para los Estados Unidos son aún imperceptibles las republiquillas liliputienses que se reparten el istmo centroamericano y todos nos confundimos para ellos en una mescolanza caótica bajo la denominación general de Centro América. Así es que sobre el terruño costarricense cae tam-

bién el descrédito, dañoso en más de un sentido, que las zambras políticas echan como una sombra por todos los ámbitos de la región. Motivo bastante por sí solo sería éste para contribuir á la extirpación del mal apuntado; ¿quién, por otra parte, nos garantiza que mañana no nos hemos de ver metidos, muy á pesar nuestro, en una pelotera que, rodando, rodando, llegara hasta aquí?—; Si ya, ¡vive Dios!, nos ha sucedido!

Pero sobre estas consideraciones egoístas, existe una razón, de menor peso, tal vez, pero de mejor casta, sin duda, en virtud de la cual no podía ni debía el Gobierno dejar de concurrir á la Conferencia de Washington: ¿hay, por ventura, razón de índole más elevada para obrar en determinado sentido que la perspectiva de contribuir con nuestro poder á á mejorar las condiciones sociales? No era remoto, efectivamente, que, si hacíamos causa común con los otros países de Centro América, al aceptar noble y resueltamente para nosotros la corma que debía contener sus arrestos, con nuestro concurso se pusiera fin, como ha de suceder, en resolución, al escándalo de las algaradas militares. Decidme, además, si, por encima de todo, no es sobremanera halagueño entrever un estado de cosas en que la vida humana no sea más el pasto de las pasiones brutales que en estos países enciende el furor político. Esto sólo importa más, mil veces más, que los progresos ingentes y las riquezas cuantiosas que del terruño centroamericano como por virtud de encantamiento han de surgir mañana al socaire bienhechor de la paz. Tal es la misión grandiosa que la Corte de Justicia Centroamericana tiene de hoy más en el tejemaneje político de estas Repúblicas.

Pronosticase que, careciendo de poder coercitivo, la nueva Corte ha de verse incapacitada para hacer ejecutar aquellos fallos que las partes no se sujeten á cumplir por las buenas: conviene ver en ese pronóstico

el amargo producto de un pesimismo por cuyo consejo ahogaríamos en germen todos los nobles pruritos de la naturaleza humana que nos inducen á buscar estados más satisfactorios en el zarzal de las relaciones sociales: nada bueno ni útil se haría ciertamente en el mundo como nos dejásemos ganar y vencer por ese pesimismo que, como un tósigo, en las inevitables horas del desencanto circula lentamente por nuestro organismo y enerva las energías sanas y redentoras que á la husma del bien salen en ocasiones por ahí. No le hace falta, no, el poder coercitivo al nuevo tribunal para salirse sin más con lo suyo, puesto que las cinco repúblicas se comprometen á acatar y cumplir por las buenas las disposiciones que de él emanen, y este compromiso es de aquellos que con fuerza invencible obligan á las naciones. No habría en Centro América gobierno que faltase á la fe tan solemnemente jurada; sobre que no hay tampoco gobierno que no esté vivamente interesado en la conservación de la paz, cuando sólo fuese por motivos egoístas.

Temen algunos que la Corte venga á dar pretexto de intervenir en estas repúblicas al país mismo de cuyo cerebro ella nació,—como Minerva del cerebro de Júpiter, (magüer no tan bien armada); no me parece á mí que tal preocupación tenga aires de fundamento, porque, después de todo, es mercado para sus productos, y no predominio político, lo que el yanqui ha menester en estas regiones, y el mercado, lo tiene. Pero he aquí que hasta esa suspicacia tiende á garantizar por otro lado la existencia de la Corte, pues ello resulta indudable que ningún gobierno ha de querer atraer sobre sí la responsabilidad terrible de la intervención, y menos aún, comprometer y aun perder esta querida independencia á cuya sombra se desenvuelve, como un árbol lozano y de magníficos frutos, la personalidad de nuestro pueblo y de nuestra raza.

Gastón de Silva



Fot. P ynter Bros

Flora Eduarte Odio

Pasearse en

Para Páginas Ilustradas

Según la Gramática de la Academia Española el verbo pronominal *pasearse* rige las preposiciones *en*, *con* y *por*. Así decimos: *pasearse por el parque*, *pasearse con su amigo*, *pasearse en carruaje*; pero lo que sí no discrimina la gramática es lo de *pasearse en el baile*, *en un proyecto* cualquiera, por echar á perder una cosa y otra, todo lo cual hemos visto reasumido en un modismo expresivo que todo el mundo entiende que dice después de un desastre: *se paseó en las perlas*.

Vayan ustedes donde don Carlos Gagini y les dirá: el verbo *pasearse* está empleado en un sentido metafórico ó figurado; y nada más. Y vayan donde Bopp, donde D. Rufino Cuervo, donde el mismo Salomón, que diz sabía como el dervís del cuento, el lenguaje de los pájaros, y nada nuevo les dirán. Yo sí voy á explicar, como si dijéramos, esta filosofía de la historia del sacramental modismo. Y lo explicaré pidiendo previamente la venia, muy especialmente á las amables lectoras de *Páginas*, para que lo usen de hoy en adelante con suma discreción y reserva (es decir, *sursum corda*, ó sea "debajo de cuerda", como dijo el otro), por las razones y motivos que más adelante sabrán. Más de una exclamará:

—¡Qué barbaridad! ¿Y por qué no lo había Ud. dicho más antes?

Ya que á Fray Juan se le olvidó, ahí va el cuento.

Erase un padre de familia, como no hay muchos, que se esmeraba mucho en la educación de sus hijos, no ahorrando oportunidad ni medios para darles una lección de moral ó de buena educación. Una vez que tenía invitados á su mesa, uno de los chicuelos dejó su asiento precipitadamente y salió corriendo sin pedir ninguna clase de excusa por su falta, la cual fué calificada de muy grave por el buen señor su padre.

El delicioso bebé dió una explicación satisfactoria de su violenta salida del corredor, comunicando al padre que súbitamente había sido atacado de un tremendo cólico que no le dió tiempo para cumplir, como niño educado, con los preceptos de Carreño.

—Está bien, pero otra vez que se te ocurra algo, debes decir siquiera: con el permiso de ustedes, voy á pasearme un rato.

Otro día, en la mesa y con invitados, el obediente niño, dió un grito y se puso como grana y por último prorrumpió en llanto, al mismo tiempo que todos los circunstantes percibieron en el ambiente unos efluvios que no provenían de las viandas ni mucho menos de rosas y claveles. El jefe de la casa comprendió lo que pasaba y dijo al infeliz muchacho que fuera á dar un paseo si se sentía indispuerto, pero éste contestó cum-punjado y lloroso:

—Papá, si ya *me pasé* en las ropas. . .

F. F. N.

La Magdalena

El amor es perfume: aromatiza las almas.

Con él se embalsama el corazón cuando los sentimientos están muertos, y los hace resucitar á la ventura.

El amor es dicha: encierra la única felicidad que puede el hombre apetecer, porque los goces que da el oro son ficticios y van siempre á estrellarse contra la roca del destino que pone límites á la dicha aparente que florece como un rosal lleno de espinas. ¡Ay, cuando las flores caen con los pétalos marchitos por exceso de sol!

Por eso los griegos sentían horror por esas felicidades que se prolongan, pues traen encima la ruina.

El que busca la felicidad en el amor y la encuentra, puede reírse de la suerte.

Las más grandes amarguras se disipan al contacto maravilloso de dos corazones que se aman.

El amor es redención; purifica las almas que levanta del lodo.

Ahí está el ejemplo de aquella mujer que vivió en el siglo I de nuestra era: María Magdalena.

Había entregado su hermosura incomparable á la vida de cortesana; y el lago de Genesaret retrató muchas veces, sobre el cristal de

sus aguas, los contornos admirables de aquella diosa-mujer que sabía el canto de la orgía sin que jamás hubieran conmovido las fibras de su corazón las notas divinas del himno del amor que es luz.

Apenas oyó de los labios del sublime Maestro la palabra redentora, repercutió en el interior de su alma la voz misteriosa que la despertaba del sueño ilusorio de los goces mundanos y una nueva sensación experimentó, ajena á las sensaciones del cuerpo.

Se hallaba Jesús sentado á la mesa de Simón el fariseo, y en medio del festín apareció, radiante de hermosura, la bella pecadora que corrió locamente enamorada á besar los pies del Hombre-Dios, y sus labios, marchitos por los besos quemantes del placer, revivieron frescos y lozanos; y los perfumes que derramó en aquellos piés que iban á emprender la jornada del martirio, los enjugó con los blondos cabellos que caían voluptuosamente sobre sus marfilinos hombros como un manojo de rayos de sol.

Y Jesús cortó el asombro del fariseo diciendo que los pecados de María Magdalena eran perdonados, porque había amado mucho.

¡Bendito sea el amor!

Daniel Arceña

El cuarto honrar á padre y madre

(Conclusión)

Para Páginas Ilustradas

IV

¡Cómo regresó D. Rosendo á su casa! Con el pañuelo en la boca tratando de ahogar los sollozos pero sin poder evitar que alguna lágrima furtiva, después de resbalar por sus mejillas, se deslizara como una gota de rocío por los blancos hilos de su barba.

Iba el pobre padre con el corazón en un puño, tembloroso y no sabiendo si pesaba más en su alma, la decepción recibida ó el temor de hacer partícipe de ella á su esposa, á la compañera de su vida, madre ejemplar y apasionada cuyo ciego amor por su hijo también conocía y que en fibra tan sensible, precisamente, tenía que herir. Vacilante traspuso la puerta de su hogar y apoyándose en las paredes se dirigió á su despacho. Ya en él, dejase caer en un sillón y allí soltó el freno á su pena, que se deshizo en amargas lágrimas. ¡Lágrimas de padre y de anciano! ¡Las más tristemente sublimes de las lágrimas!

Doña Luisa que se percató de la llegada de su esposo, al notar que éste no salía de su gabinete, á él se dirigió quedándose fría é inmóvil al observar la actitud de D. Rosendo. Acercósele pausadamente y procurando mantenerse serena le preguntó.

—¿Qué tienes, Rosendo?

—¡Ah, Luisa, mi pobre Luisa! vengo con una puñalada en el alma.

—¡Qué! ¿Está Pepe enfermo?

—No, hija; está bueno, demasiado bueno.....

—Rosendo, por Dios, ¿qué ocurre?

—¡Luisa!! ¡Ya no tenemos hijo!

—¡¡Jesús!!.....

—Sí; Jesús, Jesús nos lo quita.....

—Pero Rosendo; ¿qué es lo que dices?

—Luisa de mi vida, Luisa de mi alma, tu hijo; nuestro hijo Pepe ya no es hijo nuestro; se va á hacer jesuita.....

—¡¡Cómo!! Rosendo, eso no puede ser. ¿Cómo va Pepe á abandonarnos viejos ya, sólo, sabiendo que él es nuestro único consuelo, nuestro único apoyo, nuestra única esperanza, nuestro único hijo....¿Cómo va á consentir en dejarnos?

Tú debes haber entendido mal. No es posible que Dios que es bueno, que es misericordioso, á quien siempre hemos amado y reverenciado, al que nunca ofendimos á sabiendas, que ya nos sometió á la prueba de perder un hijo que con tanta resignación hemos sufrido, no es posible que Dios consenta que se nos arrebate al otro, no es posible. Él no puede querer eso; te habrán engañado; Pepe no puede dejarnos.... no puede haber dicho él eso....

¡Ay, Luisa mía!! Es cierto que yo no le he visto; pero ha sido porque él no ha querido verme. Su resolución, según me ha dicho el padre Director, es irrevocable, y sólo tengo la esperanza de que tú, con tus ruegos, con tus lágrimas, con tu amor de madre, logres convencerle mañana cuando vayamos allá á darle el último beso....;el último.....!

—Rosendo, tengo completa fe en la bondad y en el cariño de Pepe y y también en mis súplicas y en mi llanto. ¿Qué hijo habrá que resista á las lágrimas de su madre?

—Dios te oiga, Luisa; Dios te oiga.

Y á esas ilusiones se agarraron los viejos y dejaron que tomasen cuerpo y se acrecentaran, creyéndolas cada vez más realizables y trayendo en su apoyo los recuerdos del genio de Pepe, su poca afición á las prácticas religiosas, su índole abierta y generosa y, sobre todo, el innegable amor que siempre tuvo y demostró á su madre.

Y á la noche de insomnio sucedió una mañana hermosa bañada en un sol de alegría que la daba vida y que añanzó las esperanzas de los pobres y angustiados padres, que, después de un almuerzo más simulado

que efectivo, se encaminaron al Colegio de los Padres Jesuitas.

Por un fenómeno muy frecuente en casos análogos, pero que no puede explicarse, á medida que se iban acercando al vetusto edificio, sentían cómo se iba desvaneciendo la confianza y ocupando su lugar el temor. Sin cruzar palabra llegaron á la puerta del establecimiento y un doméstico los introdujo en el despacho del Director.

Poco tuvieron que esperar. Presentose aquél excesivamente amable y cortés, meloso y sonriente, cubierto en absoluto con esa careta de mansedumbre y humildad que oculta muchas veces las resoluciones más inquebrantables y que, en los sacerdotes de la Compañía, viene á ser como signo común de diplomacia sutil.

—Doña Luisa.... D. Rosendo.... ¿cómo están ustedes?

—Ya puede usted suponerlo, padre—dijo aquélla—después de la noticia que ayer dió usted á mi marido.

—Señora; he de creer que esa noticia aunque haya dolorido algo su corazón de madre, siempre parcial y apasionado, muchas veces ciego, como ciego es el amor que le inspira é impulsa, no ha de llegar al extremo de hacerle desconocer el inapreciable bien que viene sobre su hijo, con haber sentido la divina inspiración que lo ha iluminado.

—No sé, padre, si es inspiración divina ó instigación humana. Lo que sí sé es que trata él, ó tratan otros de que nos abandone; sé que se nos quiere arrancar de nuestro lado ahora que estamos solos, ahora que somos ya viejos, ahora que nos hace falta su cariño, su calor, la alegría de su alma, el estallido de sus besos. Eso es lo que sé, padre, eso es lo que veo y para convencerme de que es verdad, de que es él quien lo quiere, ruégole que le llame . . .

—Voy á complacerla á usted, señora; pero no sin rogarla que procure tranquilizarse y comprender en todo su valor la situación de su hijo.

Salió el sacerdote y poco después se presentó otra vez. El mismo levantó el portier dando paso á Pepe que vestía traje talar.

Don Rosendo y doña Luisa, como

empujados por un resorte se levantaron.

La pobre madre se lanzó hacia su hijo.

—¡;Pepe!!—exclamó.

El se detuvo; extendió el brazo para detener también á su madre, y después sereno, tranquilo, sin denotar su fisonomía la más leve emoción cogió suavemente las manos de su padres y las besó.

—Mamá,—dijo—Dios conoce mi voluntad de haber evitado á ustedes esta escena que comprendía lo dolorosa que había de serles. Pero ayer papá quiso que usted viniera á despedirse de mí, y no pudiera yo, á menos de ser mal hijo, negarme á su deseo. El mío es el que ya conocen y por mucho que sea mi amor á ustedes, otro amor más grande me llama; tengo que obedecerle. Ruégoles, pues, que no prolonguen innecesariamente esta entrevista ya que por dolorosa que sea para todos, en nada han de conseguir torcer mi resolución.

Don Rosendo tembloroso dejose caer en una silla.

Doña Luisa sintió un latido en sus entrañas. Creyó que éstas se rebelaban; recordó aquel día en que sintió en ellas otro latido, el primer vestigio de vida de su hijo, de Pepe, de aquel Pepe que ahora se mostraba frío y grave ante el santo amor de una madre lacerada; y crecida su pequeña estatura, erguida, digna, majestuosa, augusta, echó atrás la mantilla y frente á su hijo, sin temblar, sin llorar, con voz reposada, pero solemne dijo:

—Pepe, no puedo, no quiero creer lo que dices: estás obcecado, estás imbuido, estás engañado y han hecho que te saturases de la atmósfera de frío fanatismo que aquí se respira. No voy á oponerme á tus deseos; no voy á tratar de combatirlos, sólo voy á hacerte un ruego: vente con nosotros á pasar los tres meses de vacaciones; ven y yo te prometo, te juro por el nombre de Dios, á quien dices obedecer, que de mis labios no ha de salir una queja, ni una frase que se oponga á tu deseo: ven, vive en nuestro seno, recibe nuestro calor, danos el tuyo durante ese tiempo y si después persistes en tu idea y no han podido

borrar nuestro cariño y el aire nuevo que respíres, el propósito que ahora tienes, yo misma vendré á acompañarte sumisa y obediente; yo misma vendré no á darte el último beso, vendré á que me des tú, tu bendición.

Pepe cruzó los brazos y con ligera oscilación de cabeza contestó:

—Mamá, no puede ser; he de huir de todo cuanto pueda hacerme titular en mi decisión y enfriar la fe que me sostiene. Esto es una prueba á que Dios me somete y he de resistirla. Abandone usted su idea, resignese hoy, y mañana, tranquila y convencida, usted misma dará gracias al Hacedor Supremo, por haberse dignado elegirme como uno de sus más indignos representantes.

¡¡Pepe!!... ¡¡hijo mío!!—dijo don Rosendo sin fuerzas para más.....

Doña Luisa había sufrido una transformación. Ya no era la matrona erguida y serena; no era la madre arrogante y valerosa que defiende la posesión de el hijo adorado; era la madre sí, pero dolorosa y herida, suplicante y humilde. La congoja pudo más que su voluntad y los sollozos y el torrente de sus lágrimas acudieron á su garganta y á sus ojos.

Pepe, sereno, frío, pero intensamente pálido, hizo ademán de retirarse, pero se detuvo al ver caer á sus pies de rodillas á su propia madre. Esta cogióle una mano que ardentemente besaba y humedecía con sus lágrimas, y con voz entrecortada por la angustia y la pena dijo:

—Hijo de mi alma, hijo de mis entrañas, ténnos compasión, ténnos lástima; no es posible que Dios te aconseje, no es verdad que te llame. El ha mandado *honrar á los padres* y tu nos abandonas; acuérdate, hijo mío, de que te he dado vida haciéndose pedazos mi cuerpo; acuérdate de que te alimenté con mi sangre, piensa en que no tenemos á nadie más que á ti; en nombre de Dios, en nombre de la Virgen dolorosa, en nombre de su amantísimo Hijo, en memoria de su pobre hermano Ramón, mira mis lágrimas, mírame á tus pies..... ¡¡Pepe!! ¡¡hijo!! ¡¡hijo!! mira á tu padre, mírame por Dios, ven... ven con nosotros! ¡¡Pepe!! ¡¡Pepe de mi alma!!!.....

Y la infeliz señora abrazada á las

rodillas de su hijo, e arrastraba suplicante.....

Cruzado de brazos, sereno, inquebrantable, Pepe oía. Su madre ya perdida por completo la noción de su autoridad sin acordarse más que de que era madre, sin soltar las rodillas de su hijo inclinó sobre ellas la cabeza que no levantó nada más que para contener al Director que, deseoso de terminar aquella escena se acercó á ella. Entonces su mirada amenazadora, de leona á quien intentan arrebatar su cachorro, fué tan intensa, tan terrible, que el propio Director indicó á Pepe la necesidad de decir algo.

—Madre y señora—dijo por fin.—No puedo decir á usted lo que sufro viéndola sufrir..... Pero no es posible.... *Dios lo quiere*....

—No, hijo mío; es mentira, te engañas ó te engañan. Dios es justo es todo amor y no puede ser cierto que.....

..... Una campana se oyó y á su sonido Pepe se inclinó, levantó á su madre, cogió aquella cabeza, la besó y dirigióse á la puerta.

—¡¡Hijo!!—gritaron la madre y el padre—no nos dejes ¡¡Pepe!! ¡¡Pepe!!

—Señores—dijo el Director—ya es bastante. No puedo ya, ni por caridad consentir en que esta escena se prolongue. Pepe, retírese usted.

—¡¡Hijo!! ¡¡hijo!!—sollozaron aún aquellos infelices.....

—¡¡Dios lo quiere!!!.....
Y salió.

Don Rosendo cubrió su cabeza; arregló su mantilla doña Luisa, y cogida, abrazada á su marido, dijo:

—Padre, tras estas paredes queda nuestro hijo; pero no queda solo; con él quedan desgarrones de nuestras creencias. Queda la fe, que de pequeños nos enseñaron y que de viejos nos quitán. Queda la esperanza que, en nombre de ese Dios, que la inspira, ustedes nos arrebatan. Nos otros guardaremos sola la Caridad, la caridad bendita que no ha conseguido mover el corazón de un hijo, ni el alma de un hombre que, llamándose sacerdote y ministro de Aquél que por caridad dió su vida en el Calvario, no ha tenido para la madre desconsolada ni una palabra de piedad. La caridad se viene con nosotros, y la caridad practicaremos

mientras tengamos vida, pero sin que llegue á disfrazarla ni á oscurecerla nunca, jamás, la sombra de esa religión que ustedes escarnecen y burlan y en nombre de la cual, arrancan de los hijos el santo, el su-

blime, el divino amor á los padres.

.....
Y ahí tienen ustedes explicado por qué don Rosendo y doña Luisa nunca traspasaban los umbrales de la iglesia.

César Nieto

Justicia al mérito

En el *Espectador*, el importante diario que en Monterrey (México) redacta nuestro muy distinguido amigo y colaborador Manuel Barrero Argüelles, el poeta exquisito, encontramos y reproducimos los siguientes párrafos de una interesante *Crónica literaria*, del notable y bien conocido escritor cubano Arturo R. Carricarte.

Dichos párrafos se refieren á nuestro compatriota y redactor crítico de *Páginas Ilustradas*, José Fabio Garnier. Por ellos verán nuestros lectores la posición intelectual que á fuerza de talento y trabajo ha sabido conquistarse, fuera del terruño nuestro joven compatriota.

Páginas Ilustradas siente satisfacción especial en dejar aquí consignados los párrafos en referencia:

«Pero nunca nuestra labor fué como hasta ahora tan completa y tan doctamente conocida y estudiada. La gran Revista florentina, con un adalid tan bizarro como José Fabio Garnier, ha sabido buscar en cada cuenca el riachuelo, y en cada fuente el agua cristalina y pura....

Entre esas manos hábiles el oro nativo, rico, riquísimo de «las líbres Repúblicas» adquirirá las formas más bellas: los aspectos más agradables, los más imprevistos contornos.

Ya parece, ya comienza á lucir su garbo la obra generosa y más que gene-

rosa, justiciera; el «teatro de América» va á ser juzgado pronto en las columnas de la «Nuova Rassegna» y será este el primer esfuerzo serio y meditado que en idioma extranjero se realice en Europa para dignificar y realzar las letras del nuevo continente.

José Fabio Garnier es un alto espíritu, amplio y culto, y su obra será fructuosa. La «Nuova Rassegna» ha tenido un acierto felicísimo al confiarle la sección á nosotros destinada; joven como es el exquisito autor de «La primera sonrisa», sus iniciativas en campo tan vasto y tan fértil darán muy pronto ópimo fruto.

En el último número de la «Nuova Rassegna», pide Garnier á los dramaturgos, comediógrafos y críticos de América que le envíen relación de sus producciones para documentur debidamente el estudio que prepara, y al cual acabo de contraerme sobre «El Teatro de América».

En México donde tanto bueno se ha hecho en el orden teatral no deben los llamados mostrarse rehacos á la apelación del talentoso escritor costarricense. Es preciso que, como expresó Ugarte en el bello prefacio de su Antología, «á lo que es obra común, ayudemos todos». En un noble egoísmo: el éxito del estudio de José Fabio Garnier será un éxito para la América Española»

El vuelo del Aguila

Napoleo ubicumque faelix. Tal fué la divisa que el gran Napoleón escribió en la sala de comedor de San Martino. Desde su llegada á la isla de Elba no cesó de repetir: "Quiero en adelante vivir como un juez de paz No pienso en nada fuera de mi isla. . . . Nada me interesa por ahora más que mi familia, mi casa, mis vacas y mis mulas." Pero, en realidad, como dice Henry Houssaye, el mejor de sus historiadores, la Europa al darle la soberanía de la isla de Elba apenas le había dado el imperio de Sancho.

Aunque el héroe de tantas batallas pareciese resignado en ese momento triste de su historia, habría que preguntarse si hubo ó no sinceridad en su resignación.

Esa faz desgraciada de su vida, que comenzó en Waterloo, le hizo conocer lo que valen las promesas y las protestas de amistad en el apogeo y en lo que se convierten en el infortunio.

"Luis XVIII no le pagó la renta convenida; los austriacos secuestraron á su hijo y entregaron su mujer á un rufián de la corte; Castlercagh intriga para deportarlo; Talleyrand conspira para sumirlo en el olvido; otros pensaron en asesinarle."

Esas circunstancias y otras nacidas del estado de Francia, de que él se llamaba Napoleón, y de que apenas tenía cuarenta y cinco años, hicieron nacer en su cerebro uno de los más audaces proyectos que se han visto en la historia y que contra toda lógica pudo llevarse á cabo.

Fleury de Chaboulon, uno de los hombres más fieles á su causa, desembarca disfrazado á puerto Ferrajo, capital de la isla, el 13 de febrero de 1815. Llegó con una nota de Bassano que ponía á Napoleón al corriente de una situación que ignoraba: el descontento que reinaba en Francia, la decepción de los patriotas, la efervescencia que reinaba en el ejército, y en fin, las intenciones de un grupo resuelto á cambiar un gobierno odioso, por una regencia que presidiría María Luisa ó á llamar al trono al duque de Orleans. "¿He muerto yo acaso?" pregunta Napoleón sorprendido por semejantes revelaciones.

"La victoria marchará á paso de carga. El aguila con los colores nacionales, volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora."

Proclama de Napoleón al ejército la víspera de su salida de la isla de Elba.

Desde ese momento una decisión que hacia días parecía incubarse en su cerebro fué tomada de manera irrevocable.

El 15 de febrero Chaboulon abandonaba la isla de Elba y al día siguiente era dada la orden para alistar la pequeña flota equipar y armar las tropas y embarcar el tesoro.

El 26 de febrero, á las ocho de la noche, el Aguila alzaba el vuelo hacia Francia.

La buena estrella del Emperador y la ausencia del comisario inglés Campbell favorecieron la salida. Apesar de que las aguas estaban surcadas por infinidad de vapores extranjeros, Napoleón pasó ignorado. En un momento el *brick* en que iba Napoleón, *L'Inconstant* fué encontrado por el *Zephyr*. Ligera emoción disipada por una conversación insignificante.

El 1.º de marzo, á la una de la tarde, el pequeño ejército de 1,200 hombres que comandaba Napoleón, desembarcaba en el golfo Jouan, cerca de la estación actual.

"Vosotros no tiraréis un solo cartucho. Pensad que quiero recobrar mi corona sin que se riegue una gota de sangre."

A pesar de todo, el éxito de la expedición no estaba asegurado, y sin que se pudieran prever las consecuencias, la columna llega cerca de Grasse, donde á falta de un buen camino tomó el de la montaña para llegar á Digne. En la tarde del 2 de marzo estaban en Cernon habiendo caminado cincuenta kilómetros en veinticuatro horas, pues según Napoleón lo había dicho, era necesario andar, andar más ligero que las noticias.

Se ha representado al Emperador en el golfo Jouan como dudando á propósito del camino que debía seguir, no sabiendo si ganaría Lyon por el valle del Ródano ó por los Alpes. Conociendo demasiado el estado de espíritu de las poblaciones de Provenza por la acogida que le dispensaron á su pasada para la isla de Elba, no quiso pensar en el Ródano. Una sola vía le quedaba, que fué la que tomó sin titubear.

Las recepciones que se le hacían iban mejorando á medida que se alejaba de

la costa, sin ninguna desconfianza, y como se acercara á Digne se convirtieron en aclamaciones y entusiasmo.

El seis de marzo Napoleón llegó á Corps, á una jornada de Grenoble.

Al llegar á esa plaza fuerte había que vencer algunas dificultades. Grenoble estaba bajo la comandancia del General Marchand, muy decidido á defender lealmente su reciente fé realista. Con ese motivo fortificó la ciudad poniéndola en estado de defensa y mandó al encuentro de Napoleón un destacamiento bajo las órdenes del jefe del batallón Delessart, compuesto de una compañía de genio y de un batallón, el 5.º de línea.

El encuentro entre las tropas del rey y Napoleón se efectuó el 7 de marzo á alguna distancia de la Mure, en el caso de Suffrey.

Aquel fué un momento dramático.

Las tropas de Delessart fueron desplegadas frente al caserío, los volteadores en primera línea. Un oficial de la guardia había venido á parlamentar con el comandante. Este permanció inflexible. Napoleón bajó de su caballo, distinguiéndose por su levita gris, y caminaba por una ruta descubierta, llevando por vanguardia los lanceros polacos y sus soldados de la *vieille garde*.

Cuando los volteadores percibieron las largas capotas azules y los bonetes de pelo de los granaderos, grande emoción se produjo en las filas.

El comandante mira sus hombres fijamente; el espanto se leyó en su fisonomía.

—¡Batallón! media vuelta á la derecha, marchen—ordena, pareciéndole imposible la resistencia.

Los caballos de los polacos rebuznaban á la espalda de los volteadores.

—¡Alto! ¡Cabeza de frente!—grita Delessart.

El batallón obedeció.

Napoleón, habiendo separado la caballería, apareció escoltado por sus granaderos, que por su orden habían bajado el arma.

—¡Hele ahí...! ¡Fuego!—ordena el capitán Randon que más tarde debía ser mariscal de Francia.

Los soldados se pusieron lívidos; sus piernas vacilaban, los fusiles caían de sus manos temblorosas.

El Emperador estaba tan cerca de la tropa que casi la tocaba. Deteniéndose un momento y con una voz fuerte:

“Soldados, dijo—yo soy vuestro Emperador. Reconocedme.” Dando dos pasos adelante y entreabriendo su levita, agregó: “Si hay entre vosotros un soldado que quiera matar á su Emperador, heme aquí.”

Un grito formidable de “¡Viva el Emperador!” fué la contestación. Los soldados rompieron los rangos, se precipitaron hacia él, lo rodearon, lo aclamaron, se arrodillaron á sus pies, tocaron sus botas, su espada y las faldas de su vestido.

Al favor de aquel tumulto, el capitán Randon corrió á decir á Marchand que la lucha era imposible.

(Concluirá)

Caliban

Funeraria

Sobre el negro ataúd de mi cadáver
la toza sepulcral se colocó;
mis amigos se fueron uno á uno
y todo en el silencio reposó ...

Los meses y los años transcurrieron
y nadie á mi sepulcro fué á llorar:
sólo el musgo—el amigo del olvido—
creció en torno del fúnebre lugar! ...

Algún ser adorado, cuántas veces
las hierbas de la tumba pisoteó! ...
Pero ya, ...! ni siquiera se acordaba
que allí, bajo esa piedra, estaba yo! ...

Evaristo G. Arias

Dos heroísmos

Ya el sol se preparaba á dar su paseo cotidiano por sobre la alfombra de colores: con que la aurora le recibe, cuando, por la carretera del Norte, desfílaba un grupo de soldados con rumbo á la frontera, donde tendría que encontrarse con el ejército enemigo y dar allí la primera batalla.

Aquellos hombres no iban tristes á pesar de que la esperanza de regreso era más que problemática. Todo lo contrario, marchaban con pie firme, vivando á sus jefes, vivando á la bandera, profiriendo insultos y lanzando mueras contra las huestes enemigas, gritos aquellos en que se reflejaba el valor y el patriotismo de los herederos de la ibérica península, los hijos de los Andes.

Detrás de aquel grupo de soldados, que iba á la muerte, porque el número de los contrarios era mucho mayor, caminaba otro grupo: el de vivanderas y con aquéllas una moza de tez morena, boca provocativa roja como un capulio de amapola, nariz perfilada y ancha hacia las ventanillas, los ojillos negros y picarescos, cimbreado el talle, y vestida á la usanza criolla, camisa de gola y faldas de zaraza—un tanto flojas por el estado interesante en que se hallaba—y sombrero de palma adornado con flores naturales sujeto al peinado con una cinta blanca, que hacía contraste con otra de terciopelo negro que llevaba al cuello, de la cual pendía un relicario en forma de corazón. Su abundante cabellera oscura le daba aires de ninfa seductora corriendo por las selvas.

Cerca de ella, prestándole su apoyo, iba la madre de su esposo, una buena mujer doblegada ya al peso de los años.

Después de varios días de rudas jornadas llegan por fin muy cerca del vivac. Se apuestan por allí bajo la enamada de los árboles, sobre la hojarasca, y al romper los primeros destellos del día rompen los clarines y se oyen los primeros disparos. Se santiguan y rezan; mas la inquietud las acosa y salen de su escondrijo y se colocan en la línea de fuego para

dar ánimo á los soldados y auxiliar á los heridos. Las otras vivaqueras se habían quedado lejos temerosas de las balas.

En lo más intrincado de la pelea, entre la resplandeciente muchedumbre de espadas, fusiles y cañones se distingue por su arrojo un joven militar que con ímpetu feroz avanza hacia delante, seguido por dos bultos enigmáticos.

Mas, cuando ya iba á tomar una bandera, á verse coronado por la gloria, una descarga de fusilería le atraviesa el pecho, y cae. Los dos bultos corren á levantarlo, á disputarse los cuidados del herido, pero éste, levantándose apenas, como reanimado por un rayo de fervoroso patriotismo, les pregunta:

—¿De quién es la victoria?

Los dos bultos misteriosos, que eran la esposa y la madre, le contestan:

—¡La victoria será nuestra!

—¡Viva, pues, mi patria!—y exhaló el último suspiro.

* * *

Meses después la viuda, acompañada siempre de la madre de su esposo, andaba de puerta en puerta, con un niño en los brazos, asaz andrajoso, ella que soñaba llevarle con cintitas de color de rosa, primorosamente vestido, pidiendo puesto como mandadera, pero en todas partes hallaba la negativa. Ella que era tan guapa, ella que era tan linda y que podía tomar otro camino. ya que con frecuencia la asediaban los tenorios trasnochados.

Mas nadie sabe á donde le lleva el destino. De pronto enferma el niño de gravedad y la miseria se ensaña más contra aquellas dos mujeres, clava sus garras de pantera en sus doloridos y desesperados corazones, y no le queda más recurso que ceder á los ruegos y requiebros del primero que pasa y cumple heroicamente con su deber de madre, como cumplió heroicamente su marido en el campo de batalla!

Carlos Poce

Doctor Gustavo Michaud

Hace mucho tiempo que *Páginas Ilustradas* honra sus columnas con trabajos de este modesto cuanto meritisimo hombre de ciencia, quien de manera generosa ha prestado a esta Revista el valioso contingente de su saber.

Hoy hacemos constar con orgullo que desde el número anterior el Doc-

tor Michaud forma parte del personal de redacción de *Páginas Ilustradas*, y que, además, será nuestro colaborador en la sección fotográfica.

Aprovechamos esta ocasión para presentar nuestros agradecimientos al distinguido profesor del *Colegio Superior de Señoritas* y del *Instituto de Cartago*.



Ateneo de Costa Rica

En la noche del sábado próximo anterior, se reunieron en asamblea general los miembros del Ateneo de Costa Rica, con el fin de elegir la nueva Directiva que habia de reponer a la saliente.

Antes de dar comienzo á la votación, el Lic. don Gregorio Martín hizo moción, de conformidad con el sentir general y como un acto de verdadera justicia, para que se reeligiera por aclamación al Presidente señor don Justo A. Facio, quien ha sido un esforzado luchador por el mantenimiento de dicha asociación, y pasó la moción aclamándolo unánime y entusiastamente. El agraciado manifestó, vivamente emocionado, su reconocimiento dando las más efusivas gracias á sus colegas.

Hecho el escrutinio de los votos para los demás miembros, la Directiva quedó formada así:

Presidente,

D. Justo A. Facio

Vicepresidentes,

D. J. Fidel Tristán y

D. Gregorio Martín

Vocales:

D. Alejandro Alvarado Q.,

„ Tomás Povedano,

„ Luis Matamoros,

„ Tobías Zúñiga M. y

„ Claudio González R.

Secretarios:

D. Guillermo Vargas y

„ Jenaro Cardona.

Nuestros parabienes para ellos, y los mejores deseos por que su labor sea fecunda.



Luces y sombras

Para Páginas Ilustradas

El *Ser*, verdad y luz; sombra es la nada;
el *bien* es sol, que en nuestras almas brilla;
el *mal* es sombra lóbrega y pesada
que implacable nos postra y nos humilla.

Luz meridiana esplendorosa y bella
es la ciencia modesta y generosa;
es en la vida misteriosa estrella,
que alumbra nuestra senda fragorosa.

Sombra densa el error y la ignorancia
monstruos engendran que terror producen.
Es luz, de las flores la fragancia,
y los sonidos suave luz producen.

La sociedad es sucesión constante
de *sombras y de luces*; atropellan,
se combaten, se cruzan cada instante,
y cada instante nacen y se estrellan.

La gloria pasa y el baldón tras ella
(como su sombra al fin) tenaz la sigue.
La vanidosa red, tunante y bella,
lleva su sombra cruel que la persigue.

El sabio con respeto se le nombra;
su senda brilla, su mirar fulgura;
tras él marcha la envidia, esa es su sombra;
va siempre tras el *día* noche oscura.

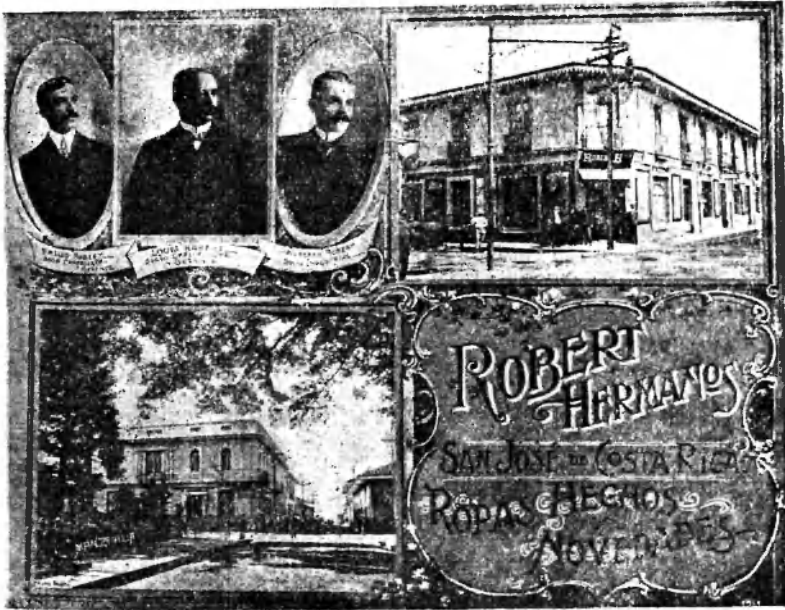
Pero la sombra que á la luz persigue
su resplandor acrece y abrillanta.
Así la envidia que á los buenos sigue,
sus pasos guía.su virtud levanta.

Juan Garita

Presbº

ROBERT HERMANOS

GRAN ALMACEN de ROPA HECHA



Durante muchos años ha sido y continuará siendo el primero en su género de Centro América. Constante renovación de todo lo que en materia de vestidos pueda desearse.

Vestidos para Niños
de todas clases y precios

PARA LA ESTACION

DE INVIERNO

Se ha recibido un
completo surtido de
CAPAS de HULE
PONCHOS

MACFERLANES
SOBRETODOS

impermeables

CAPAS pequeñas
para colegiales

ZAPATOS POLAINAS

PARAGUAS desde C 1.50

¡Lo mejor y más barato!

PARFUM
CAMIA



V. RIGAUD
PARIS



AGUA
de
**KANANGA
DEL JAPON**

*Desconfiarse
de las
imitaciones.*

V. RIGAUD
8, rue Vivienne, 8
PARIS

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual,
corta los retrasos y
supresiones as como
los dolores y las cosas
que suelen coincidir con las
epocas.

Se vende en Farmacias

SALUD DE LAS SEÑORAS

HIGIENE de las SEÑORAS
DILUIDO EN AGUA, EL
**CRYSTOL
TOCADOR**

Es el remedio soberano de las
afecciones uterinas cura las flores
blancas, las *me ritis* y en general
todas las dolencias de las *vas*
uterinas.

PARIS, 8, R. e Vivienne. y en todas Farmacias.

ROMERO

TIENDA y ALMACEN de gran LUJO

TODO CUANTO SE NECESITE PARA VESTIR BIEN
SURTIDO EXPRESAMENTE DE EUROPA Y ASIA
RENOVADO POR CADA VAPOR

TRAUBE

Gran Fábrica de Cervezas
FABRICA de AGUAS GASEOSAS

Fábrica de Hielo

EL GRAN GUSTO DE MIS CLIENTES

la califica como Superior á cada instante

PLATERIA-PARIS

Frente al Parque Fernández

y al Barco de Costa Rica

FÁBRICA

de alhajas sólidas y artísticas,
trabajadas á satis'acción
del más refinado gusto.

ELEGANTES MONOGRAMAS

en esmalte

Y TODA CLASE DE GRABADOS

Compra de oro de alhajas destruídas.

fotografía Artística

Este nuevo taller quedará abierto
al público próximamente.

— — — — —
FOTOGRAFÍAS

de verdadero gusto.

MODELOS ORIGINALES

TRABAJOS DE ARTE

Calle de la Estación, frente á la casa
de don Salvador Lara.

f. Robert

LINEA
de VAPORES
de la

UNITED
FRUIT **Co.**

La Compañía ha reanudado el servicio semanal entre Limón y Boston con los vapores

Limón, San José y Esparta

Estos rápidos vapores con todas las comodidades modernas, salen cada semana directamente para Boston.

Pasaje de ida \$ 60-00 oro am.

Pasaje de ida y regreso . 110-00 ,,

Al servicio de la línea á New Orleans se han puesto cómodos vapores que gastan sólo cuatro días y horas en hacer la travesía.

Pasaje de ida \$ 50-00 oro am.

Pasaje de ida y regreso . 80-00 ,,

Para informes, dirigirse á las Oficinas de la United Fruit Co., en San José ó en Limón.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.

IMPORTANTE.—Los pasajeros deben presentarse al Cónsul Americano en San José ó Limón, tres días consecutivos antes de embarcarse para New Orleans ó MóBILE, á fin de obtener una constancia de haber permanecido en estos lugares durante dichos tres días.

de versos que acaba de publicar y que como su título lo indica, son canciones indígenas, bellamente inspiradas. Cada poesía es un cuadro hábilmente pintado por el artista. Vaya nuestra felicitación calorosa para el señor Lillo.

Bosquejo político-social.—Con este título recibimos de la República Dominicana el libro recientemente publicado por su autor señor Alfredo Morales. Dice el prologuista, señor Andrés Julio Montolio: "El libro de Alfredo Morales es un libro de fiera lucha, en el cual se puede, rastreando en nuestros orígenes, estudiar toda la psico-fisiología patria." En este párrafo está descrita perfectamente la obra. Cada capítulo es una ascua, porque el autor no sólo señala con el dedo la llaga sino que aplica el cauterio. Felicitamos al valiente escritor.

Bulletin de la Société de Géographie de Québec.—El número correspondiente a mes de enero, de este Boletín, nos llega de Canadá. Figuran los siguientes artículos: "Oficina de la Sociedad en 1908", "Reseña de los trabajos de la Sociedad desde sus principios", "Lista general de los miembros de la Sociedad", "La región de Abitibi y de Chibougamou", "De la soberanía del Canadá sobre la bahía de Hudson", "Países por colonizar", "Una tribu salvaje en Labrador", "Movimiento geográfico". Como se ve, su material es interesante.

Andrés Carnegie.—Hemos recibido el folleto que con este nombre ha publicado el Liceo de Heredia, haciendo mérito de la generosidad y nobles y elevados sentimientos de este millonario norteamericano, cuya riqueza mayor la lleva en el corazón.

Catecismo Político de Instrucción Cívica.—Don Teófilo Miranda nos envía el folleto que titulado así, ha dado á luz. Lo merecemos.

Letras salvadoreñas.—Recibimos esta revista literaria que redactan en San Salvador los señores Salvador Turcios R., Gustavo Burgos y Baltazar A. Za-

pata. Se publica quincenalmente con escogido material.

La Estrilla de Chile.—El número 43 de esta Revista que se publica en Santiago de Chile, ha llegado a nuestra mesa de Redacción. Hace cuatro años fué fundada dicha publicación por la Sociedad de Santa Filomena.

Noticias Gráficas.—Revista mensual que ve la luz en Chile. Su material es interesante para los que se dedican á las artes gráficas.

Pan y Luz.—De Chinandega, Nicaragua, se nos remite el 1er. número de esta Revista. La dirige y redacta el señor J. F. González.

La Vie Belge

(Año III—1ª serie.)
Periódico comercial de transacciones internacionales y de gran publicidad, apareciendo en francés con regularidad cada semana, con un tiraje mínimo justificado de 17,500 ejemplares.

Precio de abono por un año:

Belgica, 5 francos; Holanda, 6 francos; Unión Postal, frs. 7.50.

Abono de prueba por 3 meses: 2 francos para todos los países.

Anuncios económicos:

50, 35 y 25 céntimos las líneas de 40 letras, según el número de inserciones.

Reclamamos: precio convencional.

Dirijase la correspondencia, órdenes postales, etc., á

C. MULKAË

5, rue Van de Weyer.—Bruselas, Bélgica.

El periódico LA VIE BELGE se envía á los Agentes diplomáticos y consulares, á las cámaras de comercio del mundo entero y se encuentra en las salas de lecturas de todos los museos comerciales y de los principales hoteles de ambos continentes.

Número espésimen contra fr. 0.15 en sellos postales nuevos de todos los países.

MARIA DEL ROSARIO

Obra de DANIEL UREÑA

Libreto del drama en 3 actos, original y en prosa.

Un colón el ejemplar

B A S E S

DEL CONCURSO DE BELLEZA DE

PAGINAS ILUSTRADAS

1ª) *Páginas Ilustradas* abre un concurso para elegir la mujer más bella de cada uno de los países de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, que haya de disputar el campeonato de la belleza universal a Miss Margarita Gray de Chicago.

2ª) Los interesados deben remitir los retratos al comisionado o comisionados que en su oportunidad se nombrarán en las ciudades de Guatemala, San Salvador, Tegucigalpa y Managua, quienes a su vez los remitirán a la Dirección de *Páginas Ilustradas*, apartado de correos número 453, San José de Costa Rica, expresando al dorso con toda claridad el nombre y lugar del nacimiento de la señora ó señorita y una nota con el color de los ojos, del cabello y del rostro. Será conveniente que se envíen varias fotografías de la misma persona y que una de ellas sea de cuerpo entero.

3ª) Todas las fotografías recibidas serán examinadas por un Jurado compuesto de cinco miembros propietarios y tres suplentes cuyos nombres se expresarán oportunamente. La misión de este Jurado se

ra seleccionar entre los veinte retratos de mujeres más bellas de cada uno de los países citados, cuatro por cada país, entre los cuales ha de ser elegida cada una de las Reinas.

4ª) Además del *Jurado de Selección*, que se citó, habrá otro que se llamará *Jurado de Elección*, compuesto de tres miembros propietarios y dos suplentes, el cual escogerá una Reina por cada uno de los cinco grupos de cuatro fotografías seleccionadas, ó sea una por cada país.

5ª) Podrán tomar parte en el Concurso no sólo las señoritas sino también las señoras que lo deseen, pues lo que se pretende es buscar la mujer más bella de cada una de las cinco Repúblicas hermanas, cualquiera que sea su estado civil.

6ª) Las fotografías pueden ser remitidas por las interesadas y por sus amigos y parientes.

Páginas Ilustradas ha nombrado sus representantes para este concurso, en Guatemala, a don Francisco Contreras B.; en San Salvador, al Dr. Alonso Reyes Guerra; en Tegucigalpa, a don Luis Andrés Zufiiga y en Managua a don Juan R. Avilés.